

LA VUELTA DE GULLIVER

LOUIS G. MILK

COLECCIÓN
ESPACIO

La vuelta de Gulliver

Por

LOUIS G. MILK



EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llórente. 13

BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

6. Dueño del mundo.

8. Dimensión “X”.

10. “Ellos”.

12. Motín electrónico.

13. Tesoro cósmico.

15. Tiempo dos.

17. Los hombres arañas de Titán.

18. El enigma de los siglos.

21. La vuelta de Gulliver.

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

IBERIA, Artes Gráficas - Puerto Príncipe, 24 -Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

No iba muy cargado el ascensor. Había apenas media docena de personas y en su amplia plataforma cabían al menos el doble con toda comodidad. Tampoco era muy rápido, porque la distancia a recorrer era relativamente pequeña, unos cincuenta o sesenta metros en las profundidades del subsuelo marciano.

Cualquier espectador imparcial que hubiera podido verlos hubiera creído que iban a alguna fiesta. No por su atuendo, que era el de trabajo, una especie de mono de fibra de acetato, de diversos tonos, no muy brillantes, sino por el buen humor de quetodos hacían gala. Dos muchachas, jóvenes, atractivas, componían la parte femenina de la expedición y sus cristalinas risas sonaban agradablemente en medio

del murmullo de la conversación general.

Pero si ese espectador imparcial hubiera tenido la singular virtud de leer en las mentes de dichos viajeros, aunque por escasos momentos, se hubiera quedado atónito, porque las risas, las conversaciones, las bromas, no eran otra cosa que una especie de niebla, una cortina de humo con la cual trataban de encubrir las preocupaciones que atormentaban sus respectivos subconscientes.

En realidad no iban a ninguna fiesta. Sí era una reunión a la que habían sido convocados, pero una reunión cuyo fin no iba a ser precisamente el de divertirse, sino el de tomar una trascendental determinación, una resolución que, de ser llevada a cabo, de tener éxito lo que en ella se iba a proyectar, cambiaría totalmente la faz del mundo.

El ascensor se detuvo con suavidad. Se abrió la puerta y, como si esto hubiera sido una señal, los murmullos de las conversaciones, las charlas intrascendentes, las bromas, las risas, cesaron automáticamente. Los labios se contrajeron al perder sus sonrisas. Frunciéronse los ceños y un invisible aura de preocupación envolvió, con sus impalpables dedos, al grupo que salió del vertical vehículo y torció hacia su izquierda, caminando por el brillantemente iluminado corredor, de escasa altura de techo, de unos diez metros de anchura, que permitía el paso simultáneo de las seis personas, cuyos pasos resonaban con lúgubres ecos en aquel larguísimo pasillo, con numerosas puertas espaciadas entre sí y que, en contraste con la agitación de la actividad diurna, permanecían absolutamente cerradas, sin que de ellas emanará el característico rumor de una oficina en plena marcha.

El grupo continuó caminando hasta el final del corredor, agradablemente acondicionada su atmósfera en contraste con los —50° que remaban en la superficie, a setenta metros más arriba. Dobló por la última esquina y por último sus componentes se detuvieron ante una puerta que, al igual que las demás, permanecía herméticamente cerrada, pero de la que, no obstante, emanaba un sordo rumor de mal reprimidas conversaciones.

Uno de aquellos hombres oprimió un zumbador. Apareció repentinamente, haciéndose transparente el metal, un círculo diminuto, en el que apenas podía verse el ojo del observador, y por un invisible altavoz salió la pregunta:

—¿La contraseña?

—Vemar contra Luyti — contestó el que había llamado.

—Adelante — dijo el de adentro y la puerta se descorrió unos centímetros, los suficientes para dejar paso a un solo cuerpo, y por cuyo reducido espacio fueron entrando los seis conspiradores, uno a uno, sabiendo que un detector controlaba automáticamente si eran portadores de armas o algún objeto específicamente prohibido en aquella reunión secreta, como por ejemplo un grabador de sonido que muy bien hubiera podido pasar enmascarado bajo la inofensiva capa de un paquete de cigarrillos, pero que inexorablemente hubiera sido advertido por aquel “ojo mágico”, a cuya mirada no se le escapaba ningún trozo de metal. No se oyó ningún zumbido sospechoso y, apenas hubieron entrado en el interior, lapuerta se cerró a espaldas del grupo con tanto silencio como se había abierto.

No era muy grande la estancia, mas aun así y todo, aunque con cierta premura de sitio, cabrían unas ciento cincuenta personas. En uno de los lados había una especie de tarima o estrado de unos veinte centímetros de altura, lo suficiente para que los oradores pudieran ser distinguidos con toda facilidad por el auditorio. No había tampoco micrófonos ni amplificadores, pues la voz llegaba naturalmente, sin estridencias, a todos los rincones de la sala.

Detrás de la mesa que estaba indudablemente destinada a la presidencia de tan singular acto, había dos banderas entrelazadas.

Una de ellas era azul noche, con una docena de estrellas de plata colocadas con cierta simétrica irregularidad. En su centro tenía un disco rojizo, surcado por varias rayas blancas, copia de una imagen fotográfica del planeta que representaba: Marte. Eh cambio la otra era mucho más sencilla, sin tantas complicaciones: totalmente verde, con una V dorada en su centro, simbolizando con ello el planeta de que era insignia: Venus.

En un ángulo de la estancia se veía una cámara de unos tres metros de ancha por dos de larga. La celda era completamente transparente y en ella se veía un reducido mobiliario, apenas una cama, una silla y una mesita en la que se veía un diminuto aparato de televisión Un estante colocado debajo de la misma mesa tenía unas cuantas latas de conserva, media docena de paquetes de cigarrillos y un recipiente de vidrio con agua. Nada más, y a alguno de los presentes le sugirió la imagen de un cubículocarcelario, pero, por su propio bien, se abstuvo de expresar en alta voz sus pensamientos.

Cinco hombres penetraron por una puertecilla opuesta a la cámara de vidrio y se encaminaron con pausado al par que decidido

paso al estrado. Su sola presencia bastó para que todos los circunstantes cesaran al instante en sus conversaciones y trescientos ojos clavaron sus ansiosas miradas en los recién llegados.

De éstos, cuatro tomaron asiento. Uno de ellos, fuerte, enérgico, con numerosas canas en el poblado cabello, se quedó en pie y, antes de comenzar a hablar—su intención era evidente—, recorrió con la vista el expectante auditorio que guardaba un silencio absoluto.

—Señoras, caballeros: esta es la vieja fórmula para comenzar un discurso y no voy a ser la excepción a la regla. — La voz del orador era diáfana, potente a pesar de hablar en tono corriente y todo el mundo la percibía con claridad —: Pero, en contra de lo que la mayoría de los oradores suelen hacer, yo no voy a perder el tiempo en innecesarios exordios. No podemos permitirnos ese lujo. El tiempo es oro, reza también otra vieja fórmula, y por ello me permito presentarles ante ustedes, elegidos entre los de toda nuestra absoluta confianza, tras largas y cuidadosas investigaciones, al doctor Shepherdson, Wilson K. Shepherdson, representante de la comisión enviada por la colonia de Venus, quien, mejor que lo pudiera hacer yo, les hablará de nuestros planes. Señoras, caballeros, el doctor Shepherdson tiene la palabra.

No hubo aplausos. El momento no era para ello. Parecía como si una especie de tensión eléctricainvadiera el ambiente y los nervios de los concurrentes estaban ligeramente excitados, presintiendo que más adelante, a medida que avanzara el tiempo, todavía sería mayor la tortura moral.

El presentado se levantó. Era alto, delgado, con el aspecto clásico del hombre de ciencias que ha dedicado la vida a sus investigaciones: ascético, su delgadez era tal que parecía que en cualquier momento sus huesos se iban a transparentar al través de la piel. Por contraste sus ojos brillaban como carbunclos, especialmente al quitarse las gafas, y sin entretenerse, comenzó a hablar:

—Tengo una cosa que agradecer, señoras y caballeros, y es la benévola acogida que se me ha dispensado. Me hubiera ofendido que me hubiérais acogido con aplausos. Vuestro silencio, vuestra, atención, valen para mí mucho más que cualquier muestra de afecto que me hubiera sido prodigada. Pero, como ha dicho muy bien mi colega, el doctor Ballyback, no se puede perder tiempo. Al grano, pues.

Calló un instante, como si meditara las palabras que iba a pronunciar, y al fin prosiguió:

—Demasiado sabéis todos cuáles son nuestras aspiraciones, que, en realidad se reducen a una sola: vivir fuera de aquí, vivir fuera de Marte y de Venus; vivir, en fin, en la Tierra. Estos planetas son inhóspitos. No reúnen condiciones para la vida. Todas las edificaciones que pueden verse en cualquiera de los dos no son otra cosa que el resultado de la desmesurada fantasía de nuestros antepasados a quienes, pareciéndoles estrecho el globo en que habitaban, alucinados por la locura de los viajes interplanetarios al resolver éste que consideraron acuciante problema, y que no fue otra cosa que una salida al súpertecnicismo de que se vieron invadidos en los finales del siglo XX, hace, aproximadamente, unos doscientos años, decidieron colonizarlos y así, con una previsión que hubiera podido considerarse elogiable, de no ser tan funesta, solucionar otro problema que iba a venir de una manera inexorable: la superpoblación de la Tierra. Pero ésta es muy grande y a pesar de los quince mil millones que la pueblan hay lugar de sobra para otros tantos más, siempre que se haga una racional distribución del espacio. Zonas inmensas están prácticamente desiertas, como si nos halláramos en pleno siglo X, en lugar del XXII, esperando únicamente al hombre decidido que se arriesgue a vivir allí y cuyas condiciones serán siempre infinitamente mejores, por muy malas que sean, a las que “disfrutamos” en el II y IV Planetas. Vosotros, los que vivís en Marte, cuando os halláis en el exterior debéis llevar siempre el traje térmico y máscara de oxígeno. Y, si a vosotros os sobra el frío, nosotros tenemos exceso de calor. Si aquí lo que abunda es la arena, con muy escasas zonas ganadas a una paupérrima agricultura, que apenas resuelve algún mínimo problema alimenticio, en Venus hay agua por todas partes. Prácticamente, el planeta es un pantano, cubierto eternamente de grandes capas de vapores. Como curiosidad en los albores de la astronáutica, nuestros dos mundos fueron una cosa tolerable. Como planetas habitables, en los cuales se ha de nacer, crecer, reproducirse y morir continuamente, en lugar de vivir, no se pueden tolerar. Y una prueba de ello es el ínfimo crecimiento demográfico que apenas llega a un dos por mil, con lo que la población conjunta es de unos sesenta millones de habitantes, cuando, de reunir unas condiciones de vida normales, entrela inmigración y los nacimientos, deberíamos triplicar esa cifra. Por lo tanto, hemos decidido emigrar en masa a la Tierra. No podemos seguir viviendo aquí. Ni en Marte ni en Venus.

Las palabras del doctor Shepherdson causaron una enorme sensación entre el auditorio. Ya se esperaba algo parecido, pero no dicho de una manera tan clara, tan sin ambages, por lo que el orador sonrió satisfecho. Apenas sembrada la semilla, ya daba los primeros frutos, porque todos los comentarios eran favorables al proyecto. Sin embargo, no podía faltar el objetante. Un hombre, en las primeras

filas, alzó la mano, levantándose a continuación. Habló:

—Sus palabras, su teoría, me parecen perfectas, doctor Shepherdson. Vayamos a la Tierra. Pero, ¿ha olvidado usted que quien ha nacido aquí, aquél que lleva ya más de cinco años de residencia, no puede regresar, le está impedido el viaje a dicho planeta? ¿Acaso ignora usted que únicamente hay un reducido cupo turístico y ello solamente para tres meses? ¿Cómo, pues, va a trasladar usted sesenta millones de seres? Es cierto que todos deseamos abandonar estos malditos planetas, ¿pero se da cuenta de que nos recibirían a tiros si lo intentasen?

Sonrió de nuevo el doctor Shepherdson:

—Naturalmente que hemos pensado en esa contingencia— dijo —. ¿Acaso supone usted que, antes de lanzarnos a la aventura, no hemos sopesado con todo cuidado con los pros y los contras? No. No tenga usted cuidado. No habrá tiros. Por el contrario. Nosotros, los marcianos, los venusinos seremos los amos de la Tierra. Ésta será nuestra. Y nuestra raza será la casta dominante. Los terrícolas serán nuestros servidores.

—Ya — se alzó una voz irónica desde las filas de espectadores—: En cuanto lleguen las primeras naves, los habitantes del Tercer Planeta se apresurarán a prosternase ante nuestras plantas, ¿verdad?

La observación levantó un huracán de carcajadas del auditorio, mas el doctor Shepherdson permaneció impertérrito, aguardando a que se restableciera el silencio. Cuando este momento hubo llegado, prosiguió:

—No sabemos si se arrodillarán o no ante nosotros. De lo que si estoy seguro es de que nos obedecerán en todo...

—¿Acaso los vamos a hipnotizar? — cortó un gracioso, provocando un segundo aluvión de risas.

—Nada de eso—-Shepherdson era valiente y no se amilanaba por nada—. Si ustedes me permiten hacer una observación, verán esa especie de celda transparente destinada a contener un hombre durante quince días, aproximadamente, para lo cual, puesto que no podrá salir para nada, se le han dejado víveres, agua y cigarrillos, así como un televisor para que pueda entretener su forzoso aislamiento. Debo añadir que, si bien el experimento a que va a ser sometido nuestro humano conejillo de Indias no tiene ningún peligro, sí en cambio le hará sufrir una transformación morfológica radical, en la cual fundamentamos el éxito que indefectiblemente ha de seguir al que

podemos llamar nuestro ataque a la Tierra y que se llamará, para entendernos, por la letra “G”, precedida de la palabra operación. Y ahora sí que ruego un aplauso para el hombre que voluntariamente se ha prestado a nuestro experimento, el hombre que se sacrifica en bien de la comunidad, para que nuestra marcha sobre el planeta que actualmente, más que dominarnos nos tiraniza, tenga un completo final feliz. Señoras, caballeros, es para mí un honor presentarles a Elmer K. Byngton, ayudante en tecnología del Instituto Marciano.

Una cerrada ovación acogió la presencia del aludido que, enrojeciendo, se levantó de uno de los extremos de la presidencia. Antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, Byngton se quedó desnudo, con excepción de un sucinto bañador y exclamó:

—No es ningún sacrificio para mí el experimento de que ha hablado el doctor Shepherdson, porque con ello contribuiré a derrocar el gobierno despótico de la Tierra. ¿Por qué nosotros, que nos llamamos Jones o Smith, Pérez o Dupont, Müller o Ivanovich, Chang o Nomura, Abselam o Alí, descendientes de terrestres, no hemos de poder vivir en el planeta en el cual nacieron nuestros antepasados? Pero a mí no me corresponde hablar, sino actuar. Y el experimento va a dar comienzo ahora mismo.

Los ojos de todos se abrieron más, como si no quisieran perder ni un solo movimiento de aquel hombre que voluntariamente se prestaba a ser el primero en el que se probase la “Operación G” y que se encaminó decidido hacia la transparente celda, en cuyo techo metálico se veían infinidad de diminutos orificios, cuya utilidad nadie había podido discernir hasta el momento, mas apenas había tocado el pomo de la puerta, cuando un repentino barullo en las últimas filas atrajo la atención de la concurrencia.

Se oyeron unos apagados gruñidos, unos improperios dichos a gritos y al fin, un hombre, con las ropas destrozadas y las señales de más de un puñetazo en el rostro, fue conducido hasta la mesa presidencial. El vigilante que se había cuidado de la puerta se explicó:

—Me di cuenta de que alguien había en el exterior, escuchando por medio de un micrófono de ventosa. Es indudable que este tipo es un espía y que se ha enterado de todo cuanto hemos hablado. Afortunadamente, y para mejor pasar desapercibido, no se ha traído emisor. De otra forma, ya podíamos darnos por perdidos.

—Debe pertenecer al Servicio de Información del coronel Hyde — exclamó el doctor Ballyback—. Nadie sino él puede tener alguna

sospecha de lo que estamos tramando.

—Es un inconveniente — murmuró disgustado Shepherdson—. No podemos dejar marcharlo ahora que ya sabe todo.

Byngton dio un paso hacia adelante:

—No hay más que una solución. Drástica, pero la única que podemos tomar. Hay que suprimirlo — dijo, con firmeza y decisión, haciendo que brotaran gruesas gotas de sudor de la frente del prisionero quien, sin embargo, a pesar de tener la muerte a menos de diez segundos de distancia, ni pestañeó ni dijo una sola palabra.

—¡Aguarden! ¡No! —gritó Shepherdson, sonriendo diabólicamente—: No —repitió—. Tenemos algo mejor para él. ¡Byngton!

—Diga, señor.

—Le agradecemos su buena intención, pero ya no nos es necesario su concurso. Tenemos un conejillo de Indias excelente. ¡Metedlo en la celda!

El espía se resistió, mas todo fue inútil. Diez brazos lo arrastraron hacia aquel cubo de cristal, cuyapuerta fue abierta por el propio Ballyback y cerrada apenas el hombre fue arrojado violentamente en su interior. Golpeó desesperadamente las paredes, pero todo fue en vano. La cerradura era sólida y resistió perfectamente sus esfuerzos, en tanto que en la sala sonaban grandes carcajadas al ver el frenesí del cautivo, que había palidecido enormemente. Shepherdson se volvió hacia el público, enormemente satisfecho, y dijo:

—El experimento va a dar comienzo ahora mismo. Naturalmente se necesita un tiempo mínimo para que surta los efectos convenientes. Ahora se sellará la puerta, para que no haya lugar a dudas, ni maliciosas suposiciones, pero, si se fijan ustedes en las facciones del prisionero, comprobarán, dentro de dos semanas, que es el mismo. Siempre tendremos aquí una vigilancia constantemente, a la cual habrá que dar, para ver a ese hombre sufrir su transformación, una contraseña que se cambiará diariamente, y que mañana será: “La Tierra está ya cerca. ” Y ahora, fíjense ustedes detenidamente, porque la “Operación G” empieza en este mismo instante.

El doctor Shepherdson dio medía vuelta a una llave adosada a la pared, junto a la celda transparente y, apenas lo había hecho, cuando una finísima lluvia de un líquido completamente rojo cayó sobre el

prisionero, quien inútilmente trató de resguardarse, quedando empapado a los pocos minutos. Cuando esto ocurrió, Shepherdson cerró el paso de aquel líquido y puso en marcha una potente corriente de aire caliente, destinada a secar todas las ropas mojadas.

—Dentro de tres o cuatro días empezarán ustedes a apreciar los resultados del experimento. Si responde a nuestras exigencias, si causa en el hombrelos mismos efectos que ha producido en los animales de laboratorio… —aquí los ojos del doctor se iluminaron extraordinariamente y su voz aumentó de tono —: ¡La Tierra será nuestra y nosotros, los marcianos y venusianos, seremos quienes la dominemos!

* * *

Además de extraordinariamente bonita y de su tipo esbeltísimo, además de sus verdosos ojos en un rostro delicioso, que contrastaba muy agradablemente con su cobriza cabellera, HazelQuaker era muy inteligente y una chica que a sus veinticuatro años escasos había conseguido doctorarse en Biología, por lo que el profesor Horneras S. Talbott, lejano pariente de su madre, no había titubeado lo más mínimo en hacerla su ayudante, y una ayudante de gran eficiencia, por cierto.

Pero aquél día los dos estaban sumamente nerviosos. El profesor había dejado caer al suelo más de un frasco, poniendo perdido el embaldosado del laboratorio, y Hazel había roto ya dos jeringuillas de inyecciones, antes siquiera de cargarlas, provocando con ello las iras del profesor y que éste soltase más de una frase intranscribible, ensuciando su habitual lenguaje correcto a más no poder. Pero ninguno reparó en tales minucias. La cosa era demasiado importante para sonrojarse por taco más o menos, y al fin la muchacha, temblándole visiblemente las manos, entregó al profesor la jeringuilla cargada de un líquido del color de la esmeralda, de una transparencia absoluta. Hecho esto, abrió una jaula, tomando de ella a su único ocupante, una ratita blanca, y la sujetó, musitando:

—¡Suerte, Hom! — pues así, con tal diminutivo trataba al profesor, debido a la confianza que reinaba entre ambos.

Apenas puesta la inyección, Hazel depositó al animalillo en su jaula, cerrándola y observándolo con enorme atención, suspendiendo incluso sus movimientos respiratorios, imitándola en ello Talbott.

Pasaron diez minutos, largos, inacabables, y al fin…

—¡Lo logré, lo conseguí! —estalló jubiloso el profesor—: ¡Al fin! ¡Al fin! —y sin aguardar a más, hizo algo completamente impropio de él, más impropio aún que los juramentos que había proferido antes, algo que quien hubiera conocido a Talbott, hubiera jurado era imposible. Pues, enlazando a la muchacha por el talle, comenzó a bailar con ella una frenética danza, lanzando ambos una serie de alaridos capaces de enorgullecer a un comanche.

CAPÍTULO II

“Arthur La Hire. Detective privado”.

Así rezaba la placa que había encima de la puerta, en el 8.° piso del número 210, de la calle 119, Oeste, en Nueva York. Pero lo de detective privado era una presunción de su propietario.

Al menos así lo pensaba él, mientras monologaba consigo mismo:

—Querido Arthur, me parece que te has metido en un mal asunto. Aquella detención del espía ruso, que luego resultó ser el subsecretario de Viajes y Transportes siderales, aquella doble Nelson que tuviste que usar para reducirlo a pesar de sus protestas, aquel ojo amoratado, aquel “uppercut”, en fin, que largaste al Hon. Gaylord D. Ward, dejándolo con el mismo conocimiento que una almeja, te han valido, y con mucha razón — por parte de ellos, naturalmente—, la expulsión del cuerpo. No te han valido las excusas que diste acerca de la notable semejanza que existía entre el rostro del agente fotografiado y el del subsecretario. No. Lo único que cuenta es la soberana paliza que le diste y ponte de rodillas y da gracias al Altísimo, porque tu jefazo se contentara con maltratarte el final de la espalda, en lugar de enviarte una buena temporadita a Sing-Sing. ¿Que qué piensas hacer, Art? Con veinticinco dólares en el bolsillo, para el resto del mes; con laamenaza de retirarte el visoteléfono, si no pagas; con la sombra de una ignominiosa expulsión del apartamento, si no liquidas con el dueño ese piquillo que le debes, tú me dirás si ese cristal que tienes

ahora delante de los ojos es de color de rosa o más negro que el lado de la Luna que nunca vemos. En consecuencia, el parlamentario, agotado por tan extraordinario discurso, acaba su estúpida fraseología y se decide a gastarse cinco centavos y comprar el “New York XXII Century”, a ver qué es lo que hay perdido en la columna de anuncios.

Había uno y muy extraño, que le intrigó:

“¡Atención! Espléndida gratificación a quien se preste a ser sujeto de un interesante experimento científico. Garantía absoluta de que no le ocurrirá ningún daño físico ni mental. Sin trabajo alguno, ¿quiere usted ganarse $ 50? Acuda al n.º... ”

Arthur se echó el sombrero hacia atrás, cerró un segundo los ojos y luego apuró de un trago la taza de café. Arrojó dos monedas sobre el mostrador y exclamó:

—La vuelta para ti, Joe.

—¿La vuelta? —-refunfuñó el “barman”, tomando las monedas y mirándolas despreciativamente —: Como no sea la que usted va a dar ahora...

Pero Arthur ya no le escuchaba. Se estaba arriesgando a gastarse un dólar en un taxi, con harta reprobación de su conciencia, y media hora más tarde, un gigantesco negro lo estaba estudiando de arriba abajo.

—¿Qué desea? — preguntó al fin.

Arthur le señaló el diario.

—El anuncio, ¿sabe?

Soportó tres o cuatro miradas más, pasando al fin a una especie de recibidor, en el que había sentado otro hombre. Arthur calculó que éste apenas le llegaría al hombro, pero en cambio pensó que no le gustaría enzarzarse en un “match” de boxeo con él. Aquellas manos que parecían sacos de patatas, aquellos troncos de olivo que se adivinaban a través de la ropa y que eran sus brazos, aquel barril que era el tórax del individuo, le hicieron estremecerse apenas los contempló, mas en cambio el rostro, a pesar de su fealdad, se le hizo simpático. Le sonrió y ya estaba a punto de ofrecerle un cigarrillo, con objeto de entablar conversación con que entretener la espera, cuando la puerta opuesta se abrió y un hombre, con la americana al brazo, abrochándose los gemelos de las mangas de la camisa, salió gruñendo y echando pestes acerca del tiempo perdido.

Arthur se iba a preguntar qué le había podido pasar al tipo, pero lo dejó para mejor ocasión. Apostó consigo mismo a que aquella muchacha que sonreía tan agradablemente no tendría más allá de veintitrés años, y la voz le dejó encantado. Se comparó a sí mismo con una cobra al oír la flauta del fakir.

—¿Quién dé ustedes es el primero?

Lo lógico hubiera sido que de aquel voluminoso tórax hubiera salido un vozarrón de Stentor, pero en lugar de ello salió un hilillo apenas audible:

—Su seguro servidor, señorita. Milo Sawyer.

Hazel miró a Arthur, quedándose agradablemente impresionada. Le gustó, a primera vista, aquel muchacho, pensando tendría, sin error más que en unosmeses, unos veintiocho años, de obscuros cabellos, muy cortos, ojos castaños, decididos, y una barbilla de enérgicos trazos. Le calculó un metro ochenta y tras el breve examen, dijo con sencillez:

—Creo que podrán pasar los dos al mismo tiempo, señor Sawyer, señor…

—La Hire, Arthur La Hire.

—¿Francés? — inquirió Hazel, extrañándose del apellido.

—Mis antepasados, en todo caso. Pero no estoy seguro si ayudó a encender la hoguera de Juana o por el contrario, le soltaron un saetazo cuando llevaba un cubo de agua para apagarla. En todo caso, yo no estaba allí — sonrió Arthur.

—No me lo jure, señor La Hire — rio, complacida, Hazel. ¡Caramba! ¿Qué dem… bueno, qué tenía aquel hombre que la había impresionado tanto, a la primera ojeada? Se echó a un lado, sonrojándose.

Arthur no sé extrañó de ver un laboratorio, más o menos grande que muchos que ya conocía. Tampoco encontró raro el que un caballero, de pelo cano, anduviera por allí trasteando con tubos y probetas, echando unas gotas en uno, para sacar una porción de líquido de otro. Era lo natural.

El hombre se volvió, cuando la muchacha le requirió:

—Hom, aquí te traigo a los señores Sawyer y La Hire. Creo que pueden ser sujetos excelentes para nuestro experimento.

Acabó su trabajo el científico y luego miró con curiosidad a la extraña pareja. Uno de ellos, alto, recto como un huso. El otro, bajo, achaparrado, de piernas curvadas y largos brazos, cuyo final en las manos casi le llegaba a las rodillas.

—Bien, señores. Encantado de conocerles. Quítense las americanas y las camisas.

Obedecieron los dos, en tanto que Hazel les tomaba las ropas.

Media hora más tarde, dos exhaustos hombres se tomaban un sumario tentempié, bajo la atenta mirada del profesor Talbott y de su hermoso ayudante. Arthur se miró los brazos acribillados a pinchazos, estuvo a punto de desmayarse al recordar las pócimas que había tragado, pero se recuperó prontamente con una buena taza de café y unos bollos, tras lo cual encendió el cigarrillo que amablemente le alargara la muchacha, agradeciéndoselo con un sonrisa.

El profesor esperó pacientemente a que los dos sujetos experimentales acabaran de fumar, hecho lo cual se armó de una jeringuilla de un tamaño respetable. La cargó de un líquido intensamente verde, calculando Arthur que al menos habría veinte centímetros cúbicos, y se dejó colocar sin protestas la goma en el brazo por Hazel, en tanto que le desinfectaba el exterior de la vena. Pero antes de pincharle, el profesor, mirándolos a ambos, dijo:

—De acuerdo con el anuncio que publiqué en el periódico, ustedes están totalmente conformes en prestarse al experimento que ahora entra en su fase definitiva. También quiero tranquilizarles: no les ocurrirá nada, absolutamente nada. Es decir, sí, pero una vez hayamos concluido, ustedes seguirán siendo los mismos, sin que eso quiera decir que, en tanto duran los efectos de la inyección, se deformen ni mental ni físicamente. Si, como estoy seguro, este líquido obra en los seres humanos de la misma forma que en los cobayos con los que lo utilicé, no les ocurrirá nada. Nada, excepto que se habrán ganadocincuenta dólares. ¡Ahí Me olvidaba decirles que tendrán que vivir conmigo unos días, muy pocos. Naturalmente, la manutención es aparte. ¿Conformes?

Arthur pensó en la serie de facturas que le esperaban, en su fracaso como detective privado, y no lo pensó más. Alargó el brazo.

Si esperaba sentir que la penetración de aquella esmeralda líquida en la vena, difundiéndose en escasos minutos en la corriente sanguínea, le causara alguna perturbación, frío, aumento de la temperatura, mareos, vértigos, se llevó el gran chasco. No sufrió nada.

Apenas sintió otra cosa que el pinchazo de la aguja.

Pero quince minutos después, cuando miró hacia el lugar en que estaba Milo Sawyer, sintió un intenso frío. Un iceberg le recorrió toda la espalda y cuando se miró a sí mismo, cuando se recorrió con la vista de arriba abajo, sin percatarse de las exclamaciones de júbilo del profesor y de su ayudante, cuando se dio cuenta del total éxito del experimento, no pudo resistirlo.

Arthur La Hire era un hombre ducho y bregado. En tanto perteneció a la policía había visto muchas cosas y tenido que pasar por numerosos trances durísimos y difíciles, pero aquello era ya demasiado para él.

No se había desmayado en los prolegómenos, pero sí ahora. Por primera vez en su vida, le fallaron los nervios y notó que todo le daba vueltas alrededor de la cabeza, vertiginosamente. Oyó vagamente unas voces de susto, y lo último que sintió fue el duro golpe de su frente contra el suelo.

* * *

Jefferson Hyde, coronel jefe de los Servicios de Seguridad e Información Terrestres en Marte, avanzó con paso firme y seguro y no se molestó en pedir permiso para entrar en el despacho del doctor Ballyback.

Su secretario quiso impedirle el paso, cortés pero firmemente, y el coronel le echó a un lado con violencia, sin pronunciar palabra, pero soltando llamas por los ojos. El secretario quiso emplear la fuerza en esta ocasión, murmurando algo ofensivo para los coroneles de policía arrogantes y orgullosos, pero Jefferson Hyde se limitó a dar un paso atrás y a continuación otro hacia adelante, siguiendo a su puño derecho, que se estrelló con terrible violencia y música de huesos rotos contra el mentón del burócrata, quien, en lo sucesivo, dejó de preocuparse por la seguridad del santuario de su jefe.

El coronel se limpió las manos, librándose de un polvo imaginario, y abrió la puerta sin ninguna ceremonia. Ballyback, sumido en una montaña de papeles, levantó la cabeza irritado y, contra, su costumbre, en esta ocasión no lo disimuló.

—¿Qué es eso, coronel? ¿Acaso no sabe usted el trámite

reglamentario para penetrar aquí? ¿No le ha dicho mi secretario...?

—Sí; que estaba usted muy ocupado, doctor—murmuró el coronel, con una chispa de buen humor en sus grises ojos al recordar el puñetazo que había soltado y que le retrotrajo, por unos segundos, a sus ya idos tiempos universitarios de campeón de su curso—. Pero debe usted dejar sus ocupaciones para atenderme a mí, doctor.

—¿Sí? Es indudable que usted ha nacido en la Tierra, coronel. Usa el mismo tono altanero de todos cuantos provienen aquí y envía el Gobierno en misión oficial. ¿Qué es lo que le ocurre para venir con tanta urgencia?

—Se lo diré en dos palabras. No necesito más. ¿Dónde está Huck Cope?

—¿Huck Cope? — se preguntó el doctor Bally back—. ¿Huck Cope? Es la primera vez en mi vida que escucho tal nombre.

—¡No se haga usted de nuevas, Ballyback! —exclamó ásperamente el policía —. Demasiado sabe usted dónde se encuentra mi agente. ¡Vamos, doctor, suéltelo! ¡Suéltelo o...!

—¿O qué...? — el rostro del doctor tenía una expresión claramente desafiadora, pero Hyde no se dejó amilanar. Sentándose en el borde de la mesa, continuó clavando sus ojos en los de su colocutor.

—Si cree que no estoy enterado de que aquí se trama algo, está usted muy equivocado, señor Ballyback. Sé, porque secreto de muchos es secreto a voces, aunque usted no lo quiera, que ustedes quieren independizarse del Gobierno Central Terrestre. Hasta ahí la cosa no tiene la menor malicia. Es más, yo la encuentro perfectamente lógica, aunque por mi posición oficial haya de combatir tal movimiento. Pero el que ustedes quieran atacar nuestro planeta, sumiéndolo en una guerra sin precedentes, eso, doctor, ya no puedo tolerarlo. Ustedes tienen en su poder a uno de mis mejores hombres, Huck Cope, un verdadero sabueso, quien me anticipó algo y, cuando ya estaba a punto de saberlo todo, ha desaparecido. ¿Quién y por qué lo ha hecho esfumarse? Vamos, Doc, sea bueno y dígame qué es lo que le ha ocurrido. Procuraré interceder en su favor si Cope hubiera sufrido, bueno, digamos un accidente.

Ballyback no contestó de momento. Se limitó a echarse para atrás, mordisqueando indiferente el cabo de su lápiz, sonriendo de una manera que a Hyde, a pesar de la dureza de su espíritu, le hizo estremecerse, y luego exclamó:

—Usted es policía y como tal, de acuerdo con la ética de su profesión, debe sospechar de todo el mundo. ¿Por qué ha de relacionarme a mí, a mí precisamente, con la desaparición de su agente? ¿Quiere decirme, coronel, qué es lo que tengo que ver yo con tal suceso?

Hyde eligió cuidadosamente un cigarrillo antes de contestar y cuando lo hizo, habló a través de las nubes del azulado humo:

—Tendré que decírselo todo, Doc. Usted, en Marte, es el jefe de un pretendido movimiento que intenta separarse de la autoridad del Gobierno Central. En Venus lo es el doctor Shepherdson, quien, por cierto, se encuentra aquí estos días visitando a sus colegas para, aparentemente, intercambiar conocimientos científicos, y en realidad para concretar los puntos esenciales de esa sublevación que está a punto de llevar a cabo. ¿Me engaño?

Pareció meditar Ballyback la respuesta, y al fin se decidió a hablar, con un suspiro de vencido:

—No. No se engaña usted, coronel. Hablando en términos vulgares, es usted un tío listo, no cabe duda. En la Tierra sabían bien lo que hacían cuando le dieron el cargo. Es cierto todo lo que ha dicho usted, incluyendo lo de la desaparición de su agente. Pero, para tranquilizarle, le diré que Cope no ha muerto. Lo retenemos nosotros prisionero. Comprenderá que, después de haberse enterado de todo, no le íbamosa dejar que le llevara tan precioso recadito. ¿No lo estima así, coronel?

—Muy lógico — hubo de admitir éste —. En su lugar yo hubiera hecho lo mismo.

—Celebro la coincidencia de pareceres, Hyde. Y, ahora, para que acabe de estar del todo tranquilo, respecto a la suerte corrida por su hombre, ¿quiere acompañarme?

El policía intuyó algo peligroso, pero no se atrevió a rechazar la intimación. No obstante, murmuró:

—Le advierto, doctor, que una de mis mejores cualidades, y eso no lo digo yo precisamente, es mi buena puntería. No intente, pues...

Agitó una mano en el aire el científico:

—¡Por favor, coronel! No sea tan susceptible. Estoy en sus manos.

Hyde gruñó algo de que todavía no estaba muy seguro, pero

Ballyback no logró entenderlo. Éste vio, al salir, en el suelo, a su secretario, sentado, acariciándose pensativamente la mandíbula, y dijo, con acento de pesar:

—Ya le dije, Jimmy, que usted no tenía dotes de diplomático. Si el coronel quería pasar a verme, ¿por qué trató de impedírselo?

El asombrado secretario, con la boca y los ojos muy abiertos, contempló cómo se alejaba la pareja, en amistosa charla, pero no vio el final de la misma, que tuvo lugar en la sala en que un par de semanas antes se reunieran los conspiradores.

El hombre que estaba allí de guardia se quedó estupefacto al ver acompañado el doctor por uno de los hombres que, entre ellos, estaba calificado como “El Peligro Marciano Núm.1” y quiso hablar, pero Ballyback, procurando no ser visto por el policía lehizo un guiño de advertencia, ante lo cual el vigilante se echó a un lado, y los dos hombres penetraron en la sala.

—Allí, en aquel rincón tiene usted a su hombre, coronel. Como puede apreciar, no ha sufrido el menor daño. ¿Estoy en lo cierto?

Hyde se acercó con desorbitados ojos a la celda transparenté, contemplando asombradísimo, como si no pudiera creer lo que veía, a su agente, quien, al reconocer a su jefe, se agitó nerviosísimamente, precipitándose a continuación hacia su micrófono, y gritando, con una voz que parecía de recién nacido:

—¡Jefe, jefe! ¡Sáqueme de aquí! ¡Por lo que más quiera, por el amor de Dios., sáqueme, pero antes mate como a un perro al doctor Ballyback! Si es quien tiene la culpa de mi estado y…

Hyde se volvió, rebosante de cólera su pecho, hirviéndole la sangre, gritando:

—¡Es inhumano, bestial, lo que han hecho con Cope! ¡Doctor Ballyback, le conmino a que le ponga en libertad inmediatamente y se entregue detenido! Responderá de su crimen ante el Gran Jurado de la Tierra.

El doctor contestó de buen humor:

—Es usted muy exaltado, mi querido Hyde, pero el aspecto de su agente no es más que la consecuencia de un experimento. Un experimento que nos llevará a conquistar la Tierra y humillar a sus altivos gobernantes y a su orgulloso pueblo. Nosotros…

—¡Basta de estupideces! ¡Saque inmediatamente de ahí a Cope!

¡No aguardaré ni un segundo más!

—cortó irritadísimo el policía.

—Está bien, está bien — murmuró el doctor, metiendo la mano en el interior de su traje—. Para serel jefe de Seguridad, es usted un tanto impulsivo, Hyde. ¡Caramba! ¿Dónde demonios se habrá metido la llave? ¡Ah, ya está...! —y la mano de Ballyback apareció repentinamente.

Pero no sostenía entre sus dedos ninguna llave, sino una pistola de pavonado cañón, que se encaró directamente al pecho de Hyde, quien, cogido de sorpresa, no tuvo otro remedio que dar un paso atrás.

—Doc, ¿sabe a lo que se está exponiendo? — exclamó el coronel.

—Demasiado lo sé — repuso el otro fríamente—. Más no podemos perder el tiempo en consideraciones. Vuestra sublevación no se detendrá por imbécil más o menos.

—¡Doc...! — empezó a gritar Hyde, pero ya el otro había apretado el gatillo.

Una pequeña llamarada salió de la boca del arma. No fue muy estruendosa la detonación, y acto seguido un circulito negro, obscuro, del que casi inmediatamente empezó a salir un delgado chorrito de sangre, apareció en la pechera de color claro de la camisa del coronel, quien abrió mucho los ojos, estúpidamente, como si no acabara de creer que estaba mortalmente herido. Se mantuvo unos segundos en pie, tambaleándose levemente, pero tres llamaradas más provocaron la aparición de sendos orificios negros que se tornaron rojos casi al instante y el policía, con un suspiro de agonía, cerrando los ojos, cayó al fin.

Ballyback, ante el asombro del prisionero, que se desgañitaba en vano, insultándole, empujó con el pie al muerto. Luego sonrió satisfecho, murmurando:

—Conque buena puntería, ¿eh? Espero que ahora ya no haya ninguna duda sobre cuál de los dos es elque mejor dispara. — Se volvió hacia Cope y, aproximando su boca al micrófono instalado para comunicarse con él, le dijo—: Lo siento. Has sido un cobayo muy útil, pero ya no te necesitamos.

Abrió la puerta y disparó contra el agente. Fue suficiente con la primera bala, pues lo partió en dos, literalmente.

Ballyback se encogió de hombros, murmurando, dándose cuenta de que el vigilante había acudido alarmado por el estruendo de las detonaciones:

—Ha sido una verdadera lástima. ¡Un experimento tan interesante…! Pero no había otro remedio que concluirlo así.

CAPÍTULO III

Anthony Micklow acogió fríamente, sin pestañear, la orden que le dieron, conjuntamente, Shepherdson y Ballyback, y salió de la habitación, disponiéndose a cumplirla. Teóricamente era una cosa fácil, mas la práctica desmiente muchas veces la sencillez de la cosa planeada. No obstante, en la "Operación G", Micklow tenía asignado un papel, quizá obscuro, pero en todo caso importante, y aquello le hizo henchir el pecho, enorgullecido por la confianza que en él habían depositado los jefes principales de la sublevación anticolonialista.

Reunió a un grupo de subordinados. En marcha ya el movimiento, de modo secreto se había comenzado a formar un ejército clandestino, y a Wicklow le había correspondido comandar el grupo que iba a asestar el primero de los golpes contra, la dominación terrícola: el asalto a la estación de transmisiones, en la que estaban además las oficinas de la Policía Terrestre, independiente por completo de la marciana, que solamente era utilizada para asuntos que pudieran llamarse de menor cuantía, y el traspaso de ambas estaciones a las manos de los rebeldes. Eh las otras ciudades de Marte, ciudades estancas., dado lo irrespirable de la atmósfera, otros grupos de comandos ejecutarían lo mismo, pero aquel que le había correspondido a Wicklow era la principal. Todos los mensajes, tanto los emitidos como los recibidos, debían pasar por aquélla, de acuerdo con las disposiciones legales que así regulaban su uso.

Serían unos sesenta, todos ellos armados con eficientes pistolas ametralladoras, dotadas de proyectiles explosivos de alto poder deflagrante, amén de granadas de mano, diminutas, apenas mayores de dos centímetros, pero de destructores efectos en un radio de treinta metros de alcance. Su mismo pequeño tamaño hacía, junto con la menor gravedad del planeta, que se pudieran lanzar a doscientos metros de distancia cuando menos.

Colocándose los trajes térmicos, así como las máscaras de oxígeno, dado que en el exterior apenas había un uno por ciento de la envoltura gaseosa, salieron todos. Las cámaras de aire tenían las puertas de plástico flexible, de modo que se abrían ellas solas apenas se las empujaba. Varios vehículos les esperaban ya en el exterior.

Provistos de orugas, aquellos coches eran “todo terreno”, y así, debido a la escasa irregularidad del suelo marciano, avanzaron con rapidez, dejando a sus espaldas la ciudad, que con sus enormes cúpulas transparentes, semiesféricas, con objeto de aprovechar íntegramente el escaso calor del sol, sostenidas por la presión de la atmósfera artificial de su interior, parecía algo irreal, fantasmagórico, producto de la delirante imaginación de algún pintor de vanguardia. Todas ellas estaban unidas por una cámara de aire, de modo que si se producía un escape en alguna de las cúpulas en cuyo interior había calles y edificios en todo semejantes a los terrestres, aunque sin la elevación de éstos, no ocurriera algún desastre irreparable. Además, las casas, de trespisos corno máximo, tenían un sistema de puertas y ventanas que funcionaba, en tal caso, automáticamente, dejándolas estancas, en tanto los ingenieros localizaban y reparaban la avería. Pero eso ocurría muy raramente. Apenas sí se recordaba algún caso aislado en los últimos cincuenta años.

A diez por vehículo, media docena de ellos, en los cuales se habían depositado previamente unas cargas de demolición, salieron zumbando hacia la estación de transmisiones.

Se hallaba ésta a media hora escasa de camino. En un lugar despejado, situado sobre una serie de redondas colinas, la desventaja del continuo azote de la arena movida por los vientos, la suplía con la perfecta visión del planeta Tierra al cual emitía todos los mensajes de Marte. Al igual que la ciudad, la estación estaba compuesta por unas cuantas cúpulas, de cuyos centros sobresalían las elevadísimas antenas, que terminaban en los conos metálicos, de veinticinco metros de diámetro, que enviaban y recibían las microondas, el medio más fácil de comunicación interplanetaria.

Saltando y rebotando sobre el terreno, llegaron las orugas a la vista de la estación. Los ocupantes, a una voz de Wicklow, quien llevaba su transmisor portátil conectado con la máscara de oxígeno, se arrojaron de los coches. Les detuvo el centinela de la primera puerta.

Quiso detenerles, mejor dicho, al darse cuenta de su actitud belicosa, pero no tuvo tiempo ni de descolgarse el fusil. Antes de que lo intentara siquiera, una ráfaga, procedente del ametrallador de Wicklow, lo tiró hacia atrás, partido por la mitad, sin darle lugar a gritar.

Atravesando irresistiblemente la primera cámara, penetraron en la cúpula, en la que un grupo de barracones formaba el conjunto de alojamiento de los miembros del Servicio de Información y Seguridad Terrestres. Algunos de ellos se hallaban paseando por el exterior,

disfrutando plácidamente de los débiles rayos de aquel sol situado a más de doscientos millones de kilómetros de distancia, y fueron cogidos completamente por sorpresa. No tuvieron opción, pues aquel que intentó refugiarse en el interior de algún edificio para tomar sus armas, fue abatido instantáneamente, sin compasión, como igualmente aquellos que salían con sus fusiles en las manos, alarmados por las detonaciones. Sin poder usarlos, fueron muertos en el acto, fríamente, con plena deliberación. Los prisioneros los guardaron como rehenes, según había dispuesto el doctor Shepherdson.

Se distribuyeron los grupos de asalto, de acuerdo con las instrucciones de Wicklow, quien, al mando de uno de ellos, se encaminó al edificio de transmisiones, junto al cual se hallaba el cuartel general de la policía. Aquello, que hasta ahora había sido una indudable ventaja, iba a ser un arma de dos filos para los terrestres, porque los sublevados, de un solo tiro, iban a matar dos pájaros.

Habían pasado ya a la segunda cúpula, en la que se hallaban, sobresaliendo por fuera de ellas, las dos antenas principales, cuando se dieron cuenta de que en el barracón del jefe de policía cerraban las puertas que lo convertían en una habitación estanca, aislada del exterior.

Anthony Wicklow no pudo por menos de soltar una carcajada:

—¡Pobres ilusos! Ahí va esto. La mejor llave que podíamos usar.

Y al mismo tiempo, tirando de la clavija de la granada de mano, la arrojó, no con mucha fuerza, hacia adelante.

La diminuta esferilla describió una elegante parábola en el aire. Salió de una zona de sombra a otra iluminada por el sol, despidiendo un chispazo que duró apenas una décima de segundo, y luego se confundió con la cegadora llamarada que abrió una ancha brecha en la puerta del edificio. Se oyeron unos lamentos y los diez hombres irrumpieron en su interior.

Anthony Wicklow tenía una envidiable agilidad de reflejos y por ello esquivó la primera rociada de balas que salió de la puerta que daba acceso a la sala de emisión. Sin embargo, detrás de él había hombres que no fueron tan rápidos o tan afortunados como su jefe, y tres o cuatro rodaron, en medio de agónicos aullidos. Pero Wicklow soltó la segunda granada y el estampido atronó aquel reducido espacio, derribándolos hacia atrás, por la fuerza de la expansión de los gases. Los dos o tres resistentes desaparecieron tras la nube de humo, y los atacantes que habían salido ilesos se precipitaron dentro de la

sala.

—¡Las cargas! —ordenó lacónicamente Wicklow.

Fueron colocadas al momento. Tres o cuatro artefactos de aquellos, unos paquetes no mucho mayores que si fueran de cigarrillos, distribuidos estratégicamente en las mesas de control, emisiones, recepciones, cifrado automático, causaron completos destrozos, interrumpiendo así toda comunicación con la Tierra. Astillas de metal, trozos de vidrio plástico,trozos de tubo, todo voló por los aires, en medio de fragorosas explosiones y negras nubes de humo que colmaron de júbilo los corazones de los rebeldes, quienes, una vez conseguido su objetivo, se reunieron en lo que era pomposamente "Plaza de las Ondas", aullando y gritando como energúmenos, satisfechos por el éxito de su misión, no empañado por las dos docenas de bajas que habían sufrido y que no merecieron apenas un corto comentario.

—Reunid a los prisioneros y que embarquen en los orugas. Colocadlos en la cabina estanca. Que no mueran por falta de aire: son elementos preciosos en nuestro movimiento. Y vámonos de aquí.

A trescientos metros de la estación, Wicklow detuvo su coche. Sin soltar el volante, mirando hacia atrás, se regodeó íntimamente, viendo cómo las cúpulas saltaban en una sola pieza por los aires, como gigantescos platos cóncavos, para caer luego destrozándose. Las antenas, socavadas por las explosiones de las cargas colocadas en sus bases, cavilaron unos segundos, para caer, lentamente primero, rápidamente después, aumentando con el estrépito de los hierros doblados, retorcidos, rotos, el de las detonaciones que se extendieron por aquella llanura levemente ondulada, llevando con sus ecos a la ciudad el convencimiento de que el primer golpe había sido asestado con pleno éxito.

El doctor Shepherdson recorrió la fila de prisioneros, mirando con detenimiento a aquellos hombres cuyo abatimiento era notoriamente patente. Sonrió al mirar a su colega Ballyback:

—¿Cree usted que surtirán efecto ante el presidente Yáñez?

—Espero que sí — sonrió el otro—. Y si no noscreen, si piensan que estamos locos... bueno, es que el loco siempre piensa que el cuerdo es él y no el otro. ¿No le parece?

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Llevémosles al lugar donde experimentamos con Cope y les rociaremos con el liquido ese. Así le enviaremos a Yáñez un delicado presente que le hará., si es

medianamente sensato, pensárselo mucho antes de resistirnos. ¡Wicklow!

—Sí, señor. ¡Andando, muchachos! Os gustará el papel de cobayos. Es la mar de divertido — y él mismo rió su propia gracia, en tanto que propinaba un fuerte culatazo en los riñones a un cautivo que no andaba demasiado listo.

Cuando los tuvieron allí, en presencia de los dos científicos, alguien, empuñando una manguera, los roció completamente con un líquido rojo que durante unos segundos tiñó completamente no sólo sus rostros, sino también sus ropas. Más antes de diez minutos ya había desaparecido la siniestra tonalidad, quedando como único rastro de su paso por aquellos desgraciados la humedad de sus ropas y cabellos.

Dejándolos encerrados allí, con una fuerte guardia, Shepherdson, Ballyback y Wicklow volvieron al despacho del segundo en el que se encerraron a conferenciar.

—¿Qué es lo que le vamos a decir al presidente?

—¿Decirle? — murmuró Ballyback.

—¡Claro! No le va a enviar usted a esos prisioneros, cuando el líquido haya surtido sus efectos, sin una triste nota que le indique nuestras pretensiones, ¿no?

—¡Un momento! —pidió Wicklow—. Si nosotros vamos a ser quienes gobernemos la Tierra, ¿qué rayos vamos a decirles? Provocamos la catástrofe sin necesidad de enviarles esos tipos y ya está. Luego todo se reduce a tener un poco de paciencia hasta tener plaza en el cohete de ida.

Shepherdson sonrió levemente.

—Es usted un impulsivo, Wicklow. ¿Acaso no le agradaría, aunque solamente por un agujerito, ver la cara de Yáñez y de todos los tipos que le rodeen en el momento de recibir nuestros mensajeros? No van a dar crédito a sus ojos y harán unas tremendas demostraciones de su fuerza. Enviarán astronaves para reducirnos y ¿qué es lo que estamos deseando nosotros sino vehículos para ir hasta allá? Nos fingiremos la mar de asustados, rendiremos las armas (aparentemente, claro) y luego, ¿qué cosa más fácil que provocar unas cuantas lluvias artificiales? Seremos durante quince días sus prisioneros, pero ¿y luego? ¿Se figuran la cara que pondrán cuando...? Bueno, es que no puedo por menos que reírme un rato largo cuando empiecen a notar

los efectos de ese liquido que parece obra de brujería. Si nos halláramos en la Edad Media, el doctor Ballyback y yo estaríamos en la hoguera.

—Olvida usted un detalle, señor — dijo Wicklow pensativamente—. Es muy fácil provocar unas cuantas lluvias que empapen bien a los expedicionarios que la Tierra enviará para reducirnos, pero ¿y nosotros? ¿Hemos de sufrir también esos efectos?

Los dos sabios se miraron el uno al otro y rompieron a reir simultáneamente.

—Es usted algo ingenuo, Wicklow. Como todo aquel que fía más en su fuerza que en su cerebro. Tenemos el antídoto, mejor dicho, la prevención, porque el antídoto se usa después de que ese líquidoha obrado. No. No tema. Seguirá usted con su normal aspecto, así le esté cayendo agua roja encima dos horas seguidas. Y nosotros. Y todos los marcianos y venusinos. Pero ellos no. Ellos...

* * *

HazelQuaker empujó con el codo la puerta y se ladeó para entrar con la bandeja cargada de alimentos en la habitación.

—¡Eh! ¿Dónde están ustedes? ¿Dónde se han metido? —exclamó con su peculiar tono de voz, deliciosa música a los ojos de Arthur.

Una torre se movió dos casillas sobre el tablero, al mismo tiempo que el detective decía:

—Aquí. ¿Es que no nos ha visto usted?

—Vamos, dejen ese juego tan aburrido. En mi modesta opinión — Hazel destapó una fuente—, estas chuletas tienen aspecto de ser mucho más divertidas.

—¿Qué te parece, Milo? —preguntó Arthur.

—¡Uuummm...! Basta de ajedrez. Señorita Quaker, ¿hasta cuándo va a durar esto de parecer dos almas en... pena? — las últimas palabras las había pronunciado Sawyer con la boca llena.

—¿Tan mal se encuentran? — y al decir esto, miró picarescamente hacia el lugar donde se hallaba el detective, quien

sintió subírsele el rubor desde el cuello hasta la frente.

—Les pondré la radio para que se distraigan—dijo Hazel—, Y ahora, si me lo permiten, les dejaré solos. Tengo trabajo. Hasta luego.

Los dos hombres contemplaron la esbelta figura que, después de haber puesto en marcha el receptor se alejó caminando graciosamente y Arthur no pudo por menos de suspirar melancólicamente al pensar en lo desgraciado que era al no tener unos cuantos millones que ofrendar a la muchacha. ¿Qué podía él darle sino una vida de privaciones? Por ello, sintiéndose furioso contra sí mismo, atacó con reconcentrada furia la segunda chuleta en el momento en que el altavoz daba las noticias de última hora:

“W—... Las comunicaciones con el planeta Marte se han interrumpido súbitamente, sin ninguna razón técnica que lo explique — decía el locutor —. Aunque no está oficiosamente confirmado, parece ser que han estallado desórdenes y que la emisora principal de la ciudad de Syrtis ha sido destruida. Hemos intentado comunicarnos con el director general de comunicaciones interestelares, pero se ha negado a facilitarnos ninguna información, como tampoco ha querido confirmar ni desmentir los diversos rumores que circulan. En nuestra opinión...”

—¡Caramba, Arthur! ¿Qué diablos pasará allá arriba? — inquirió Milo, engullendo a continuación un pedazo de carne.

—No lo sé — replicó el interpelado pensativamente—. Pero ya es vieja la idea de abandonar aquellos planetas y venirse a vivir a la Tierra. Nadie quiere vivir allí, y si yo estuviera en su pellejo, diría lo mismo que ellos.

—¿Estuviste tú alguna vez?

—Sí. Me enviaron en una misión.

—¿Y...? — Milo suspendió el resto de la interrogación.

—Afortunadamente fue breve. Echamos continuamente pestes de nuestro planeta, pero... ¡Dame la Tierra, amigo, y, por lo que más quieras, no me saques de ella!

* * *

Patrick Scanlon, comisario jefe de Asuntos Coloniales Interplanetarios, miró inquisitivamente al encargado del “office”, de aquella casa de apartamentos, y su expresión bastó para que el hombre se mostrara instantáneamente dispuesto a cooperar.

—¿El señor La Hire, Arthur?

—Octavo piso, número treinta y cuatro A. Pero ahora no está.

—¿No? Y ¿sabe usted dónde puedo encontrarme con él?

—¿Es muy urgente? —el empleado empezaba a recuperar parte de su arrogancia, pero Scanlon, recordando el encarguito, procuró mostrarse suave.

—Puede ser — replicó lacónicamente —. En todo caso necesito saber su paradero. ¿Es que ya no vive aquí?

—El señor La Hire marchó para unos cuantos días. No dijo cuándo regresaría. Pero sí puedo garantizarle que, si para el día treinta no ha liquidado lo que deba, le echaremos a la calle.

—Está bien —el comisario empezaba ya a impacientarse—. Necesito verle con muchísima urgencia. Es muy importante lo que tengo que decirle.

—Pues… — era evidente que el portero andaba con tanto rodeo en busca del billete de cinco dólares y Scanlon lo entendió así, porque arrojó uno de dicho signo monetario encima del mostrador, billete que ¿se esfumó en una décima de segundo,

—Vive en casa del profesor Talbott. Eso es lo que me dijo por teléfono. Que si tenía alguna correspondencia que lo enviase allí ¡Correspondencia!… ¡Bah!

—resopló despectivamente el empleado, pero las últimas palabras ya no las había oído el comisario, quien ya estaba dando al conductor de su autohelicóptero la dirección que acababa de darle.

CAPÍTULO IV

Ante la inminencia de las graves noticias recibidas de Marte y Venus, el presidente Yáñez había reunido a toda prisa a su Gabinete y, entanto que sus secretarios estaban sentados en torno a la mesa en forma de U que servía ordinariamente para sus deliberaciones, el presidente, sin poder ocultar su nerviosismo, se paseaba con las manos a la espalda, desenlazándola para accionar enérgicamente.

—No podemos, no se puede— decía — tolerar tal actitud. ¿Saben ustedes ya cuál es el mensaje que nos ha enviado ese pretendido duunvirato, formado por los doctores Shepherdson y Ballyback? ¿No? Pues lo van a oír inmediatamente. No hace ni cinco minutos que lo he recibido, mientras que ustedes acudían. ¡Méndez!

—Señor...

—Léalo, léalo usted mismo. Yo no podría. Lo rompería, como asimismo rompería el alma a esos locos qué han emponzoñado sesenta millones de espíritus con una idea loca, irrealizable, fantasmagórica por completo. Por favor, léalo.

El secretario particular del presidente obedeció la orden y desplegó el amarillo papel que le habían entregado procedente del gabinete telegráfico:

—"Al pueblo de la Tierra. Nosotros, los duunviros Wilson K. Shepherdson y Thomas Ballyback, en representación plena y autorizada de las comunidades de los II y IV Planetas, nos dirigimos al Gobierno Central. No es una súplica. No es un ruego. Una orden es la que damos. Resignad el poder y entregádnoslo. Queremos abandonar estos planetas y vivir en el vuestro. Os garantizamos que nada ocurrirá, si así lo hacéis. De lo contrario, armas nuevas, inimaginables, serán utilizadas sin piedad, y conseguiremos por la fuerza lo que no nos deis de grado. No enviaremos ningún mensaje, ni contestaremos a otro que no sea el de asentimiento incondicional a éste. Firmado... "

—¡Déjalo ya, Méndez! —cortó abruptamente el presidente—. Ya sabemos quiénes son los autores de esa sarta de paparruchas. Yo tengo formada ya mi opinión sobre lo que tenemos que hacer, pero antes de comenzar a obrar, quiero saber la de ustedes. Me gustaría coincidir.

Coincidieron todos, y una hora más tarde, aprobado el plan de operaciones, empezaban a cancelarse todos los permisos de los miembros de la Flota Sideral Terrestre. Al día siguiente todos estaban en sus puestos, y cuarenta y ocho horas después, las primeras espacionaves de transporte, capaces cada una de ellas para quinientos hombres, fuertemente armados unos y otras, empezaban a despegar de todos los astropuertos de la Tierra. Un total de cien aparatos con cincuenta mil hombres a bordo constituían la primera oleada de desembarco que navegaba rumbo a Marte, donde, según los informes recibidos, estaba el centro vital de la sublevación. Por otra parte, tanto la Tierra como Marte se hallaban enuna oposición [1]harto favorable, y calculando además que las naves caminaban por el espacio a una velocidad de veintidós kilómetros y medio por segundo, recorrerían los cincuenta y cuatro millones que separaban un astro de otro a razón de casi dos millones por día, en unos veintisiete días y dos horas. Antes de un mes, por tanto, ya se sabrían las primeras noticias que podrían permitir dormir al presidente con toda tranquilidad. Cincuenta mil hombres armados eran todo un ejército que causaría un sano respeto a los sublevados, haciéndoles olvidar su loca idea.

* * *

HazelQuaker fue a abrir en persona la puerta, encontrándose con un hombre de buena estatura, fornido, de ojos claros en los que resplandecía una inteligencia y decisión a toda prueba y, antes de que pudiera inquirir la identidad del visitante, éste se anticipó:

—¿El señor La Hire?

—Sí, pero...

Scanlon dio un paso hacia adelante, con el sombrero en la mano. Sonrió, al mismo tiempo que decía:

—No tenga miedo, señorita. Necesito verle contoda urgencia, y para que no dude de mí, le ruego examine mis credenciales.

Después de haber mirado la tarjeta que le, tendía el comisario, Hazel le rogó:

—Siéntese un momento, por favor. El señor La Hire tardará unos minutos, pero procuraremos hacerle venir cuanto antes.

Los minutos fueron diez, al cabo de los cuales el comisario se levantó de un salto al ver entrar un hombre cuyo aspecto le hizo dar un respingo. Su vestimenta era normal, pero su cabeza se hallaba totalmente vendada, con excepción de los ojos, cubiertos por unas gruesas gafas negras, con protectores laterales incluso, y de la boca, en la que las gasas eran mucho más tenues con objeto de permitirle la dicción. Incluso las manos tenían puestas unos guantes que las ocultaban por completo.

—¿Es... es usted... el señor La Hire? — inquirió el comisario, completamente desconcertado.

—¡Hola, viejo! —saludó Arthur alegremente—. ¿Es que no me conoce?

—¿Quién diablos te va a conocer debajo de ese disfraz? De no ser por la voz... ¿Qué es lo que te ha ocurrido, Artie? — preguntó Scanlon, dándole el diminutivo habitual que usaba cuando el detective estaba en su departamento.

—¡Oh, nada de particular, jefe! Bueno, ex jefe. Estoy siendo sometido a un interesante experimento científico, y... debo preservar mi piel de todo contacto con la luz durante algunos días.

—¡Cómo es posible que te hayas prestado a tales manejos? — refunfuñó el policía.

Arthur se encogió de hombros.

—Ustedes tuvieron la culpa. A veces creo que meduele todavía la patada que me dieron de forma tan ignominiosa.

—Reconoce que la plancha fue tremenda.

—Sí, pero ustedes siguen creyendo que un policía es un “robot". No se le tolera la menor equivocación. Si ocurre tal, dos pagas y a la calle. Bien, ¿y qué tripa se le ha roto por aquí? ¿Todavía se sigue quejando el subsecretario de la paliza que le di?

Ahora quien se sonrojó fue Scanlon al recordar el rapapolvo recibido. Pero, olvidándose de aquel incidente, miró al detective fijamente.

—Artie, ¿cuánto ganas aquí?

—Cincuenta semanales y la comida. He ganado tres kilos en dos semanas. A este paso me voy a llenar de grasa, no crea. Estoy perdiendo agilidad y…

—Déjate de chanzas, Artie. Te necesito.

—¿Que me…? ¡Oh, no me haga reír, ex jefe! ¿Quién es el que me necesita? ¿Usted o los “otros”? — y el detective pronunció la palabra despectivamente.

—Bueno, dejémonos de tiquismiquis y al avío. Necesitamos un hombre y nadie más que tú puede sacarnos del apuro.

—¡Vaya, vaya! — zumbó Arthur sarcástico—. ¡Conque después de arrojarme como un plato usado por el quemador de desperdicios, quieren recuperarme de nuevo!, ¿eh? ¿Y luego? ¿Tendré que ponerme también una almohadilla en…? No, ex jefe, no. Aquí estoy bien. No trabajo, como a discreción, duermo como un bendito las horas que me parece, de vez en cuando echo una partidita de ajedrez con un compañero de experimento, y todo a cambio de unos cuantos pinchazos cada dos o tres días. No. Decididamente no.

Scanlon se levantó desalentado.

—Bien, veo que me tendré que marchar sin ti. Es una lástima, porque, con un poco de suerte, antes de diez años habré alcanzado el retiro y había pensado en ti como mi sustituto. Tendré que elegir a DougalMcBride. Adiós, Artie. Olvida lo que te he dicho.

Ya estaba el policía en la puerta cuando La Hire le alcanzó.

—¿Qué ha dicho usted? ¿McBride? Pero si ése no sabe distinguir a un policía de uniforme de un atracador con una pistola en la mano. ¿Y ése es el hombre que va a elegir en mi lugar? Vamos, Scanlon, no me haga reír.

—¿Qué quieres que haga? Tú te niegas, yo tengo que buscar donde puedo. No hay para mí otra opción.

Arthur se mordió el labio, pensativo.

—Aguarde un momento. ¿Le corre mucha prisa?

—Hombre...

—Está bien. Siéntese de nuevo. Cuénteme lo que ocurre.

Patrick Scanlon se frotó las manos mentalmente. El cebo que había puesto en el anzuelo arrojado había sido de excelente calidad y el pez, o sea, su antiguo subordinado, había caído en la trampa como un incauto. Pero al mismo tiempo se decía que aquel muchacho era el único que, de haber alguna probabilidad de salir adelante, coronaría con éxito la misión confiada. El comisario habló, pues, y habló largo y tendido, en voz baja,, confidencial, casi al oído de Artie, quien escuchó, poniendo sus cinco sentidos en la larga parrafada del policía, que tardó sus buenos treinta minutos en explicar a su interlocutor lo que ocurría.

Guando terminó, le tocó el turno a Arthur, y fue una objeción la que puso:

—Uno solo no puede. Necesitaré un compañero.

—¿Un compañero? Sí, tienes razón — murmuró Scanlon—. No había caído en ello. Te enviaré a McBride...

—No—protestó vivamente Arthur—. Le conozco y sé que habría celos por ser yo el que dirigiera la operación, tanto si estuviera aún en el cuerpo, como ahora que continúo expulsado. Déjeme elegirlo. Creo tener el hombre adecuado.

—¿Estás seguro de él? Por mi parte no tengo que oponer nada, pero no sé quién es.

—Le conocerá ahora mismo, comisario— y éste se dio cuenta de que el que ya era de nuevo su subordinado sonreía a través de la máscara de gasas.

Diez minutos después, Scanlon daba un nuevo respingo y, tras

“conocer” a Milo Sawyer, exclamó:

—Supongo que no me queda otro remedio que resignarme, Artie. Toma—. y sacó un rollo de billetes del bolsillo, eligiendo unos cuantos de mediana denominación, que entregó a Arthur —. Para gastos generales. Si se te acaban, no tienes más que pedir. No hace falta que rindan cuentas.

—¡Atiza! —fue lo único que supo decir el estupefacto Milo.

Y el comentario de Arthur fue el siguiente:

—Sí que debe ser una cosa gorda cuando se muestran tan generosos. En mis tiempos había que darles con un martillo en el codo para que abrieran la mano... ¡y se rompía el martillo! — terminó con feroz ironía.

El doctor Talbott se mostró muy desgraciadocuando supo que sus dos cobayos humanos se le marchaban.

—Lo siento —dijo Arthur—. Nos ha caído encima un trabajito importante y no podemos eludirlo. Por otra parte, creo que la bondad de su preparado queda suficientemente demostrada y nuestra presencia aquí no es necesaria — y al decir estas palabras miró melancólicamente a Hazel a quien tocó ahora el turno del rubor.

—Está bien —suspiró Talbott—. No puedo retenerlos, pero les encarezco retrasen su marcha hasta que se les hayan pasado los efectos y que luego guarden el más absoluto secreto, en tanto yo preparo la correspondiente comunicación para la Academia de Ciencias.

—En cuanto a lo segundo — contestó Arthur—, puede usted quedar tranquilo. Y respecto a lo primero nos iremos así, pero sin vendas. Nadie nos conocerá.

—Tengan en cuenta que dentro de dos días, a las once y media, empezarán a recobrar su aspecto normal. Procuren que el momento les coja en lugar solitario, donde nadie pueda verles—objetó el sabio.

—No pase miedo, Hazel. —Arthur tomó la mano de la muchacha, mirándola intensamente—. No puedo decirle ahora en qué consiste mi trabajo, pero sí garantizarle que es absolutamente honrado. En cuanto lo termine, volveré por aquí. Usted y yo tenemos que sostener una interesante conversación.

* * *

El general Polignac, jefe de la fuerza expedicionaria terrestre, se quitó la máscara de oxígeno apenas hubo entrado en la primera cúpula de Syrtis. Seguido por un numeroso pelotón de hombres de su Estado Mayor y de soldados, avanzó por las semidesiertas calles de la ciudad, en la que apenas si se veían algunos niños y ancianos disfrutando de los flojos rayos solares, pero apenas habían entrado un inesperado chaparrón, de gran intensidad, cayó sobre ellos, empapándolos totalmente.

El general soltó una serie de tacos acerca de la inoportuna lluvia que, además de mojarlos, les había teñido de un peculiar color rojo, pero dejó de renegar cuando a los pocos minutos la tonalidad escarlata se disipó totalmente, sin necesidad de que emplearan ningún medio para ello.

—Yo creía que en el interior de las ciudades no llovía — gruñó, dirigiéndose a su ayudante, el brigadier Dos Santos.

—Estarán haciendo experimentos de lluvia artificial. De vez en cuando es muy conveniente humedecer el ambiente.

—Pero sin manchar, ¡qué demonios! Vamos a ver a esos dos locos. En cuanto se encuentren en nuestro poder, póngalos bajo siete llaves. Una vez concluidas las primeras indagaciones, los enviaremos a la Tierra. Temo que van a tener tiempo de sobra para meditar sobre lo insensato de su conducta.

El general Polignac estaba seguro de que la sola presencia de su formidable ejército, en cuyas astronaves guardaban potentes bombas termonucleares, capaces de “quemar” una sola de ellas una ciudad veinte veces mayor que aquélla en que se encontraban ahora, había bastado para que los marcianos depusieran su actitud levantisca. De haber sabido que el plan de los que a sí mismos se habían adjudicado el pomposo título de Duunviros, se estaba desarrollando a plena satisfacción de éstos, hubiera retrocedido más que aprisa, ordenando bombardear sin piedad todas las ciudades del IV Planeta., arrasándolas hasta sus cimientos. Pero lo único que notó fue la grasa que había en las manos y rostros al descubierto de los marcianos con quienes se cruzaban, a quienes los expedicionarios cacheaban sin demora alguna, sometiéndose a aquéllos sin la menor resistencia. No dejó de chocarle al general la peculiar brillantez de aquellos rostros, que parecían bañados en aceite, y volvió a refunfuñar cuando otra

nube cárdena se situó encima de ellos, regándolos de nuevo con un segundo chaparrón encarnado, cuyo color se disipó en el momento en que irrumpían en el despacho del profesor.

Se encontraban los dos sabios charlando tranquilamente con Wicklow. El general, como buen francés, era pulido y cortés en el trato.

—¿Tengo el honor de dirigirme a los doctores Shepherdson y Ballyback?

Fue el segundo de los nombrados el que se levanto.

—El general Polignac, ¿supongo? Me llamo Ballyback. Éste es el doctor Shepherdson, y el caballero de mi izquierda se llama Anthony Wicklow, nuestro ayudante.

—Gracias, señores. Lamento mucho la misión que debo cumplir, pero he de encerrarlos y guardarlos a buen recaudo en tanto les envío a la Tierra, a fin de que sean juzgados por el Gran Jurado.

Se inclinaron los tres simultáneamente, y Polignac se atusó el mostacho., del que nunca había querido desprenderse, en tanto que escuchaba, sumamente satisfecho:

—Confesarnos nuestra impotencia y nos entregamos a la magnanimidad de nuestros jueces, general. Esperamos que, cuando llegue el momento oportuno, testifique usted que nos entregamos voluntariamente.

—Lo haré con sumo placer, caballeros. Y ahora, si me lo permiten...

Diez minutos después de haberse llevado el brigadier Dos Santos a los tres prisioneros, el coronel Fuller saludaba al comandante en jefe de la expedición, quien le dio sus primeras órdenes:

—Restablezca las comunicaciones con la Tierra. Urgentemente. No escatime hombres ni esfuerzos. ¿Entendido?

—Así lo haremos, general.

* * *

Los radares centrales del cinturón antiaéreo de Washington

señalaron a gran distancia la presencia de una nave que volaba a gran velocidad. Funcionaron las alarmas y todos los artilleros corrieron a sus puestos, pero no fue necesario hacer ningún disparo.

Balanceándose lentamente, un enorme paracaídas descendió con suavidad y, cuando el objeto que de él pendía fue entregado al jefe de la D. C. A., pudo ver unas palabras pintadas en su armazón exterior, que mediría un par de metros de largo por uno de anchó, cilíndrico, palabras que decían:

“Personal. Solamente para ser abierto por su Excelencia el presidente. No contiene ninguna bomba ni producto nocivo. Shepherdson y Ballyback… duunviros.”

El jefe de la D. C. A. hizo lo que únicamente podía hacerse en tales casos: ponerse al habla con la CasaBlanca, de la que acudieron, pocos momentos después, un numeroso grupo de agentes del servicio de seguridad presidencial, que se hicieron cargo, con infinitas precauciones, a pesar del tranquilizador anuncio, del artefacto, llevándoselo para ser sometido a un previo examen antes de ser entregado a Yáñez.

Una de las pruebas que se hicieron fue la de los Rayos X y cuantos se hallaban en aquel momento frente a la pantalla del vidrio deslustrado se sintieron sobrecogidos de horror y espanto al ver lo que había en el interior del metálico cilindro.

—Hay que llevárselo inmediatamente al presidente— exclamó alguien con suficiente autoridad para decir tal, y la orden fue obedecida en el acto. Scanlon sabía hacerse obedecer cuando era necesario.

—Excelencia — murmuró, apenas se halló frente a él—, he aquí lo que envían esos dos traidores.

El Presidente miró con curiosidad el enorme cilindro que resplandecía en el centro de la estancia, y luego leyó el cartel pintado.

—¿Lo han examinado ya?

—Sí, Excelencia, pero...

—Pero, ¿qué? No me gusta andar con rodeos. ¿No dice que no hay nada nocivo ni peligroso? ¿Por qué, pues, tantos rodeos y circunloquios? — Yáñez se estaba impacientando ya.

—Es que...

—¡Vamos, ábranlo ya de una vez! Quiero saber qué es lo que me envía esa pareja de sinvergüenzas. Espero que a estas horas el general Polignac les haya dado su merecido. La astronave en que nos han enviado el cilindro ha debido cruzarse con la flota que enviamos, e incluso habrá tenido que desviarse agran distancia para no ser interceptada — razonó sensatamente Yáñez.

La tapa superior fue desatornillada y debajo de ella vieron un sobre, con la indicación de que solamente debía ser abierto por el Presidente, el cual, antes de que Scanlon, precautivo, pudiera impedírselo, se lo arrebató de las manos, leyendo la nota que venía en su interior, y enrojeciendo de ira a medida que se iba enterando de lo escrito.

Pero la ira fue substituida por otros sentimientos cuando al fin fue abierto totalmente el artefacto. Todos cuantos se hallaban allí retrocedieron un paso al ver lo que había en su interior. Una exclamación unánime de horror, piedad, conmiseración y lástima, conjuntamente, brotó de las gargantas de los estupefactos observadores que no creían lo que sus ojos estaban presenciando.

Y la nota decía apenas, lacónicamente:

“Esta será la suerte de todos los habitantes de la Tierra, si no accedéis a nuestras peticiones. — Shepherdson y Ballyback, Duunviros.”

CAPÍTULO V

A favor de la relativa obscuridad de la noche, dos sombras se deslizaban. Uno de los dos hombres era alto, fuerte, robusto, en tanto que su compañero apenas rebasaba el metro sesenta de estatura, pero casi tenía otro tanto de anchura en la parte de los hombros. Sus brazos le pendían hasta las rodillas y un observador superficial, viendo de espaldas al personaje, hubiera jurado se trataba de un mono gigante, educado de modo que pareciera un hombre. Tal era la impresión que causaba Milo Sawyer, caminando con ágiles zancadas al lado de Arthur, encaminándose a la dirección facilitada por el comisario Scanlon.

Abandonando la calle principal, se metieron por una lateral, estrecha, sucia, maloliente, lóbrega, sin circulación apenas, a no ser algún que otro borracho, que caminaba tambaleándose canturreando monótona palinodia.

Cruzaron ambos por delante de un bar de ínfima categoría, cuyas luces, proyectándose a través de las ventanas situadas casi al nivel de la acera, iluminaban un corto sector de ésta, y del cual, al abrirse la puerta, empujada violentamente por un hombre que medio arrastraba a una mujer qué se resistía a salir en medio de una lluvia de dicterios e imprecaciones que estremecían los tímpanos, brotó un aluvión de carcajadas con las cuales la concurrencia del local celebraba la "energía" desplegada por el hombre con su dama. Tropezó ella con los dos amigos y se aferró a Milo, suplicándole:

—¡Lléveme con usted, caballero! Este individuo quiere matarme.

El aludido dio un fuerte tirón de la mujer, tratando de arrastrarla de nuevo, pero ésta se resistía y pareciéndole que Sawyer quería impedírselo, se acercó amenazadoramente:

—¡Oiga, hermano! Suelte a la niña o le sacaré los ojos.

Aquellas palabras sulfuraron a Milo quien, abombando el tórax, cerró los puños, pero Arthur intervino a tiempo:

—Déjalo. Tenemos algo más urgente que hacer.

Milo lo comprendió así y se desasió de la mano femenina:

—Lo siento, guapa. Me están llamando en otra parte. Búscame aquí cualquier otro día y tendré mucho placer en sacar las narices de tu amigo por el cogote. Ahora no puedo entretenerme.

El granuja se dio cuenta de la enorme corpulencia de su interlocutor y no insistió en sus pretensiones de dejarlo sin visión. Optó, prudentemente, por callar y de otro tironazo, arrojó a la ninfa al suelo, arrastrándola a continuación, sin prestar atención a sus chillidos y lamentos, en tanto que los dos amigos continuaban su camino.

Tan débil era la iluminación que Arthur tuvo que requerir los servicios de una diminuta lámpara eléctrica que, no obstante lo reducido de su tamaño, proyectaba una luz muy potente, formando en la paredun circulo blanquísimo de medio metro de anchura, y al fin el número deseado resplandeció bajo los rayos de la antorcha.

—¡Aquí es! —susurró.

—¿Cómo nos las vamos a arreglar para entrar?

— inquirió en voz apenas audible Milo.

—Llamando, naturalmente — repuso Arthur —. ¿Qué otra cosa se hace para entrar en una casa de cuya llave careces? — y, dicho esto, oprimió el botón del zumbador, apagando acto seguido la linterna y guardándola en el bolsillo.

Treinta segundos después, la puerta se abría y Arthur y Milo, dando unos pasos hacia adelante, se encontraron en un vestíbulo cuyas características no pudieron observar a causa de encontrarse en una total obscuridad. Pero no duró ésta mucho. Apenas se había cerrado la puerta exterior, cuando una lámpara, de muy poca potencia, se encendió en el techo, y en la pared frontera se descorrió un trozo de panel, de unos diez centímetros en cuadro, por el que asomaron un par de ojos que examinaron con todo cuidado a ambos amigos.

—¿Qué es lo que desean ustedes? — inquirieron desde adentro.

Arthur ya estaba prevenido. Suspirando por tal derroche, agitó en las narices del individuo un verdoso rectángulo de papel.

—Nos sobran unos cuantos como éste y nos sobra también aburrimiento. ¿No podríamos entrar para distraernos un ratito, hermano?

—Yo no soy su hermano. Me pegaría un tiro, si tal fuera — le contestaron ásperamente—. Pero ya que están aquí...

El hombre retiró su cara del ventanuco. Sacó elbrazo por él, engarfiando los dedos, sintiendo ya el acariciador contacto del billete, pero no fue su agradable contacto el que percibió, sino el de una garra, una tenaza que, haciendo irresistible presión, se le apoderó de su muñeca, al mismo tiempo que le decían:

—Un solo grito y estamparé tus sesos contra la pared de enfrente. ¡Aprisa, Arthur!

En tanto que Sawyer sujetaba al incauto guardián, el primero sacó algo que le abultaba un poco en el bolsillo del impermeable. Era un artefacto compuesto de dos piezas, una de ellas formada por un par de botellas metálicas, cilíndricas, de unos diez centímetros de longitud por tres de diámetro, rematadas cada una por un tubo de cinco milímetros que se unían en uno común, al cual enchufó Arthur la otra pieza, que no era más que el proyector de la llama del diminuto soplete. Lo enroscó con rápidos y precisos movimientos y lo puso en funcionamiento.

Siseando apenas, la llama, vivísima, deslumbrante, pero que no molestaba para nada a la pareja, a causa de las gafas ahumadas que llevaban los dos, mordió como si fuera manteca el trozo de puerta en el que se hallaba la cerradura. Cinco minutos bastaron para franquearles el paso y apenas tuvo Arthur espacio suficiente para introducirse, se colocó al lado del portero quien, atemorizado por las primeras palabras con que fuera amenazado, no se había atrevido a chistar siquiera y en un rápido e imprevisible movimiento, le aplicó el filo de su mano en la nuca. El hombre cayó al suelo en el más absoluto de los silencios.

—¡Ya está! ¡Vamos dentro! — dijo Arthur, llevando en la mano izquierda el soplete, en tanto quesu derecha se introducía entre la americana y la camisa, asiendo con firmeza la culata de la pistola.

Caminaron por el corredor muy pocos metros. Se oían débilmente los ruidos de fichas y monedas al ser agitadas, así como el característico sonido de la bolita girando en la ruleta, pero ninguno de

los dos hizo intención de meterse en la sala de juego. Buscando con atención, recordando Arthur las indicaciones que le diera el comisario., halló la puerta de que se trataba, y que no tenía ninguna señal especial que la distinguiera de las demás.

Mirando cuidadosamente en torno suyo, Arthur tocó levemente con los nudillos. Notó pasos que se acercaban y miró a su compañero, haciéndole un leve guiño.

Éste se colocó a un lado, procurando no ser visto cuando la puerta se abriera y apenas ocurrió tal, una cabeza se asomó curiosamente, indagando el origen de la llamada.

El origen lo supo al ver a Arthur, pero ahí acabó todo para el hombre, porque un golpe científicamente aplicado al lado de la oreja, le hizo desentenderse de todo lo demás, en tanto que el detective extendía sus brazos amorosamente, recogiendo en ellos al inconsciente.

Milo se coló de un salto en la habitación, en tanto que su amigo arrojando al hombre a un lado y cerrando tras sí, se le colocaba a un lado, apoyando con su actitud la del primero que sostenía firmemente una pistola de terrorífico tamaño.

Había una persona sentada detrás de una enorme y encristalada mesa de despacho. Un hombre ya maduro, pero que no obstante, de todo él irradiaba una incuestionable sensación de firmeza y energía.

No se inmutó siquiera ante la aparición de aquellos que para él eran dos perfectos desconocidos. Todo su movimiento de extrañeza fue el arquear una ceja al mismo tiempo que inquiría:

—¿Puedo servirles en algo, caballeros? En caso de que les interesen los billetes, les daré unos cuantos, de común acuerdo, claro está, a fin de terminar cuanto antes con esta enojosa cuestión y volver a mi trabajo que, a decir verdad, me está apremiando.

—Muchas gracias — contestó Arthur en el mismo irónico tono —. No queremos su dinero. Únicamente buscar algo que nos interesa mucho y para lo cual le agradeceríamos infinito dos cosas: la primera que se levantase de la mesa, y la segunda que nos abriese su caja fuerte. Estamos seguros de que allí se encuentra lo que buscamos.

Un brevísimo destello de cólera cruzó por los acerados ojos del dueño del casino, pero se dominó casi al instante:

—¿No les interesaría más una buena dosis de dólares?

—No — contestó secamente el detective—Ya le hemos dicho lo que buscamos y le agradecemos cumplimente las órdenes que le hemos dado.

—¿Y si... si me negara?

Arthur y Milo se miraron mutuamente. El primero se encogió de hombros:

—Uno no es muy partidario del tercer grado, pero hay veces... ¡A él, Milo!

A pesar de su corpulencia y de su aspecto torpón, Sawyer poseía una enorme agilidad de movimientos, por lo que, antes de que el visitado pudiera reaccionar, ya se encontraba firmemente sujeto al sillón con ambas manos por detrás de la espalda, cogidascomo por un par de cepos sin poder hacer el menor movimiento.

—Lo siento — musitó Arthur—. Me desagradan ciertos procedimientos, pero no hay otro remedio que emplearlos.

Dio media vuelta a la llave del soplete y al instante la llama de artefacto brotó potente, deslumbrante, impresionando más con su siseo que con su luz. Una vez que hubo alcanzado el punto requerido. Arthur se acercó al prisionero, diciendo:

—El constructor de tan útilísimo aparato asevera que alcanza los dos mil quinientos grados. Yo no lo sé, porque no lo he probado. ¿Querrá usted ser tan amable de confirmárnoslo cuando le tueste la barbilla?

Sin poderse mover, helado de terror, sudando por todos sus poros, Johnny Kazoon, dueño del garito, miró a su pesar a la llama que se le acercaba lentamente, en tanto que Arthur, impávido, continuaba hablando:

—Podríamos darle un golpe y dejarlo inconsciente, pero perderíamos demasiado tiempo en la búsqueda de esos papelotes que son nuestro objetivo. Por eso creemos en su espíritu de cooperación, amigo Kazoon... ¿Es éste el nombre que nos han dado, Milo?

—No falla, Artie. El mismo que...

—¡No! ¡No! ¡Quite esa llama de ahí! ¡Les daré todo lo que me pidan! ¡Apártela! ¡No puedo soportarla!

Obedeció Arthur, sonriendo satisfecho:

—Confieso que me llevo una decepción. No ha soportado ni cincuenta grados. ¿La caja?

Sueltos los brazos, vigilado atentamente por Milo,Kazoon se pasó el pañuelo por el chorreante rostro, rojo a pesar del espantoso miedo porque había pasado, y se encaminó hacia un trozo de la pared, en el que había un cuadro, que giró movido por la mano de su dueño.

—¡Qué poca originalidad! —comentó Arthur—. Con lo visto que está ese truco. ¡Cuidado o le abraso!

Las últimas palabras las pronunció al ver abrirse la caja, en previsión de que Kazoon pudiera sacar de ella algún arma. Pero no ocurrió así y Arthur lo echó a un lado, metiendo la mano en ella y sacando de su interior un fajo de papelotes que se metió en los bolsillos del impermeable sin examinarlos siquiera. Despreciando los billetes de Banco, continuó rebuscando sin hallar otra cosa que dos pequeñas cajitas metálicas, de forma ovalada, en cuyas tapas leyó, en sendos trozos de papel escritos a mano por letra firme y segura: "Antes", en una, y "Después", en la otra.

Las miró durante unos momentos, curiosamente, y al fin, dubitando sin saber qué hacer, se las metió en el bolsillo. Kazoon intentó protestar:

—¡No! ¡Eso no! ¡Por favor...! —suplicó, pero Arthur no le hizo el menor caso. Aquellas palabras le habían intrigado y se prometió a sí mismo examinar el contenido de las cajitas apenas se hallara en lugar seguro, pero apenas se había formulado tal pensamiento, cuando lo tuvo que dejar a un lado.

El hombre desvanecido se había levantado súbitamente, sin que ninguno de los dos amigos se hubiera dado cuenta de ello, absortos en el examen del interior de la caja fuerte y de su contenido. Tan entretenidos se hallaban que no percibieron su proximidad hasta que Milo sintió un fortísimo golpe, conel filo de la mano, en su muñeca, golpe que le hizo desprenderse muy a su pesar de la pistola y a continuación, antes de que tuviera tiempo de recuperarse de la sorpresa, algo parecido a la coz de una mula lo derribó hacia atrás.

En el mismo instante, Arthur notó en su mandíbula el contacto durísimo de la cerrada mano de Kazoon. Éste repitió el golpe al estómago y el detective se dobló sobre sí mismo, gimiendo agónicamente, luchando con las náuseas que le invadían, procurando rehacerse, en tanto que con los brazos trataba de cubrirse de la lluvia de golpes que le caía encima.

El soplete se le había caído al primer puñetazo, cuando abrió las manos instintivamente. Eludiendo los feroces ataques de Kazoon, retrocediendo mientras ganaba tiempo y aliento, intentó responder, sin lograr otra cosa que abrir la guardia y soportar otro directo en plena mandíbula que casi lo levantó del suelo.

El diván que tenia a sus espaldas le salvó de un fuerte batacazo. Cayó con terrible violencia sobre el mueble y Kazoon se arrojó sobre él, decidido a terminar de una vez la pelea.

Pero se encontró con dos pies que se le clavaron en el estómago. Arthur encogió las piernas, distendiéndolas como ballestas a continuación y su antagonista salió despedido hacia atrás, trastabillando.

Antes de que pudiera recuperarse, Arthur se echó sobre Kazoon. Disparó sobre su mentón el puño derecho, al mismo tiempo que el izquierdo le castigaba duramente el hígado, pero el propietario de la casa de juego era un tipo duro de pelar y resistió impávido los dos golpes que hubieran derribado inconsciente a otro ligeramente más flojo que él.

Entretanto, Milo se había deshecho de su enemigo. Repuesto de la primera sorpresa, y aunque su contrario era bastante fuerte, una serie de puñetazos lo puso fuera de combate. Pero en el preciso momento en que se disponía a ayudar a su compañero, el panorama de la situación varió por completo.

Irrumpiendo violentamente, atraídos por el estruendo al mismo tiempo que avisados por el primer vigilante, quien, recobrado el conocimiento, había dado la alarma, media docena de hombres penetraron en el despacho, lanzándose directamente a una ardorosa lucha.

Exhaló Milo un alarido, al mismo tiempo que sus membrudas manos asían al más cercano, levantándolo como una paja sobre su cabeza, a pesar de los desesperados gestos y pateos del individuo. Éste fue despedido con gran violencia, yendo a caer sobre dos de sus compañeros, a quienes derribó en medio de una enorme confusión.

De los tres restantes, dos se echaron encima de él, en tanto que el último se dedicaba a ayudar a su patrón. Sawyer retrocedió un paso, brillándole los ojos de alegría y cuando un puño pasó amenzadoramente cerca de él, su mano se cerró sobre la muñeca contraria, asiéndola con la fuerza de una tenaza.

Apresado así su contrario, a Milo le bastó tirar de él

violentamente hacia sí, al mismo tiempo que adelantaba su cabeza. Chocaron con siniestro crujido las dos frentes y el “ganster” se derribó sin lanzar un solo grito.

Pero no tuvo tiempo de derribar al otro. Aquellos tres se le echaron encima y por mucha fuerza que tuviera Sawyer, por mucha potencia que poseyeransus músculos, era uno sólo contra cuatro, que además comenzaron a usar sin el menor escrúpulo las culatas de sus pistolas, y el resultado no podía ser más que uno: cayó sin conocimiento. Arthur le siguió veinte segundos más tarde.

Uno de los hombres de Kazoon sacó la pistola y encañonó al detective con la visible intención de liquidarlo, pero su jefe se lo impidió:

—¡Quieto, idiota! ¡Aquí no! Y además, todavía no es hora. Tengo que saber quiénes son estos tipos, así como la persona que les ha enviado.

—¡Caramba, jefe! — exclamó uno de los “gangsters”—. ¿Se ha dado cuenta de la máscara que les cubre la cara a estos tipos?

JohnnieKazoon soltó una gruesa interjección. La observación de su paniaguado era rigurosamente cierta. Una máscara de plástico, de un color semejante a la carne, acoplada a las irregularidades de los rostros, se los cubría totalmente.

Kazoon se inclinó sobre el desvanecido Arthur. Con sus dos manos le quitó la máscara, que no solamente le cubría la cara, sino también el resto del cráneo, y, tirando de aquella materia elástica, la sacó como si fuera un guante de original factura, y apenas se había quedado con ella, cuando de todos los espectadores, ya atónitos de por sí, al darse cuenta de tan extrañas máscaras, brotó un grito de horror.

El mismo grito salió cuando Milo Sawyer fue despojado igualmente de su disfraz. Kazoon, atemorizado, retrocedió unos pasos con aquellos trozos de goma en la mano, contemplando el espanto que estaba presenciando y que le parecía una cosa propia del delirio de un loco.

Durante unos minutos, los bandidos permanecieron como atontados, y de repente uno de ellos exclamó:

—¡Basta ya, jefe! Esto se acaba ahora mismo

—y esto diciendo, amartilló su pistola.

* * *

La noche era bochornosa y por ello, y en busca de un poco de alivio, Hazel y el profesor habían salido a la terraza de su casa, contigua al laboratorio.

Pero apenas se habían acomodado en las tumbonas, cuando un fogonazo deslumbrador, de unos colores esplendentes, cegadores, iluminó la noche, convirtiéndola en día durante una milésima de segundo, volviendo luego a la obscuridad, más profunda ahora por contraste con aquel gigantesco relámpago, que hizo exclamar, apenas hubo recuperado la normalidad de su visión, al profesor:

—Si hubiera habido ruido, hubiera jurado que era la explosión de una granada nuclear.

—¿Y si lo fuera, Hom? — preguntó temerosamente Hazel.

Talbott se echó a reír:

—No temas, querida. No estaríamos hablando tan tranquilamente. La noche está tormentosa y de ahí esos relámpagos— más a lo lejos, se acababan de ver varios chispazos, muy esparcidos, pero en aquellos momentos la voz del locutor de T. V., cuyo aparato habían sacado al exterior para distraerse en tanto descansaban, comenzó a dar unas noticias muy extrañas.

—“Aunque la cosa es más bien propia del Servicio Meteorológico, la damos en este tumo de información, por lo que de curioso tiene. Según las últimasnoticias recibidas, en la Península Ibérica, Italia, Grecia, Francia, Alemania, Gran Bretaña y, en general, en el resto de Europa y Norte de África se han producido unas rarísimas lluvias, de gran intensidad, cuya naturaleza no ha podido averiguarse hasta el momento de la presente emisión, pero cuya peculiaridad más notable ha sido el intenso color rojo de las gotas de agua caídas de las nubes, que también presentaban dicha coloración, un tanto más obscura, lluvia que duró unas dos horas, al cabo de las cuales el agua se volvió clara, de una normal tonalidad, desapareciendo también el color rojo de la tierra, así como de las prendas de ropa mojadas, animales a quienes había alcanzado, y también de la epidermis de todas cuantas personas se mojaron ante los inesperados chaparrones, de gran intensidad y que alcanzaron a millones y millones de personas que, aprovechando el fin de semana...” —¿Qué habrá sido eso, Hom?

Éste se encogió de hombros:

—¡Qué sé yo! Quizá las nubes fueron alcanzadas por las cenizas de alguna erupción volcánica y por eso el agua se tiñó de rojo.

—¡Pero no ha habido ninguna erupción estos días, Hom! —objetó la muchacha. Pero en aquel momento, súbitamente, sin apenas transición, un enorme golpe de agua procedente de las nubes se abatió sobre ellos, empapándolos antes de que tuvieran tiempo de refugiarse en el interior del laboratorio.

Apenas habían entrado, Talbott y Hazel se miraron, atónitos, estupefactos, sin dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

¡El agua que estaba cayendo era roja, roja como la sangre!

CAPÍTULO VI

Esta vez Kazoon no intentó detener a su hombre que ya encañonaba al caído, dispuesto a fulminarlo, pero antes que esto ocurriera. Arthur, todavía semiinconsciente, pero dándose cuenta, no obstante del gravísimo peligro que corría y aprovechándose del momentáneo estupor de los “gánster”, atontados por lo que estaban presenciando, agarró aquella muñeca armada, arrebatando la pistola antes de que su propietario pudiera reaccionar y, sin el menor escrúpulo, hizo fuego.

La detonación restalló fragorosamente, sonando como un latigazo en la habitación. Aquel hombre se llevó las manos al pecho y cayó al suelo, retorciéndose en los espasmos de la agonía, mientras que Arthur, sin cuidarse poco ni mucho de él, continuaba disparando con desoladoras consecuencias para sus enemigos, quienes comenzaron a caer, en parte por los efectos de las balas, en parte porque también Milo había recuperado el conocimiento y movía con toda eficacia sus poderosos brazos.

Cinco minutos después, tres forajidos se hallaban inmóviles por completo en el suelo, en tanto que su sangre, brotando por las heridas causadas por las balas, manchaba la costosa alfombra. Dos más, uno de ellos el propio JohnnieKazoon, se arrastraban, quejándose lastimeramente, en tanto que los dos restantes habían puesto pies en polvorosa, alejándose del lugar de la batalla a toda velocidad.

—Creo que es ya hora de que nos marchemos, Milo—murmuró Arthur, palpando los bolsillos de su gabardina y comprobando, con inmenso alivio, que aquello que habían ido a buscar continuaba todavía en su sitio.

Ya estaba en la puerta cuando su compañero le objetó:

—¿Y las máscaras, Artie?

—Apenas quedan cinco minutos para las once y media. A esa hora comenzaremos a recobrar nuestro aspecto normal. ¡Vamos!

No tardaron mucho en salir a la calle. El garito se había vaciado instantáneamente apenas sonar el primer disparo y la confusión en el mobiliario, así como los destrozos causados por la clientela de Kazoon en su precipitada huida, habían sido tremendos, pero ninguno de los

dos amigos reparó en tales detalles. Lo que les interesaba era huir cuanto antes y por eso caminaron a buen paso, buscando apresuradamente una calle más iluminada en la que confundirse con los transeúntes, mientras que a lo lejos empezaba a oírse ya el inconfundible alarido de las sirenas de los coches policiales.

Apenas habían doblado la esquina, cuando percibieron un relámpago de impresionante blancura, que duró una centésima de segundo, iluminando la calle como si fuera de día. Pero pasó en seguida, y unos minutos más tarde comenzó a llover fuertemente.

Milo tomó del brazo a su compañero:

—¡Fíjate, Artie! ¿Has visto alguna vez en tu vida una lluvia de este color tan raro?

* * *

La puerta del encierro en que se hallaban los doctores Shepherdson y Ballyback, juntamente con Wincklow, se abrió y los tres personajes salieron frotándose las manos completamente satisfechos. El primero saludó al hombre que habla ido a libertarlos y, tras agradecérselo, inquirió:

—¿Y el general Polignac?

—No me haga reir, doctor. Lo tengo encerrado, así como a su Estado Mayor, en una jaula. Y les aseguro que sobra sitio —y pronunciadas estas palabras, soltó una sonora carcajada.

—Gracias, Ortons. Vamos allá. Quiero verles.

Diez minutos más tarde, los cuatro se hallaban frente al general, quien, junto con sus ayudantes, se hallaba, como dijera aquel hombre, preso en una jaula, y que trató de erguirse al ver entrar a los que reputaba como de traidores.

—¡Canallas! ¡Bandidos! ¡Les aseguro...!

—No asegure nada, general... — comenzó a decir Ballyback, pero Shepherdson le interrumpió irónicamente.

—Yo diría que ahora no es más que un generalito, ¿verdad, colega? Bien, y ¿qué es lo que se ha hecho del pomposo ejército de invasión terrestre? ¿Sabe usted, general, por qué les dejamos llegar a

Marte sin intentar atacarles? ¿No? Pues se lo voy a decir.

O ¿quiere explicárselo usted mismo, Ballyback?

—Con mucho gusto. Polignac, ustedes se esperaban, sin duda, ser atacados apenas llegaran a Marte. Eso le hubiera dado ocasión para destruirnos con armas termonucleares y hasta estoy por decir que en el fondo lo deseaba usted, para así lucirse ante el Gobierno terrícola. En lugar de ello se encontró con una pacífica recepción y con que los jefes de la revuelta se entregaban incondicionalmente, sin la menor protesta como corderitos. ¿Curioso, verdad? Es lógico que hiciéramos tal, para no empeñarnos en una batalla de más que dudoso final, en la que, si bien ustedes hubieran podido ser eliminados, no hubiera ocurrido tal sin ocasionarnos millones de bajas. Así, de esta forma, siguen tan eliminados como si les hubiéramos muerto y sus astronaves nos servirán a nosotros para nuestra primera oleada de desembarco, porque a estas horas, general, nuestra arma ya ha producido sus efectos y miles de millones de terrestres se encuentran en igual tesitura que usted, sin poder defenderse lo más mínimo. ¿Qué podrán hacer contra nosotros, Polignac?

El general se mordió los labios. Las palabras del doctor Ballyback eran diabólicamente ciertas. No tenía otro remedio que asentir a ellas y luego inquirir:

—Está bien. Hemos sido demasiado incautos y hemos caído como bobos en la trampa que, reconociéndolo, ha sido demasiado hábilmente tendida. ¿Qué será ahora de los hombres de la expedición? Personalmente no me importa mucho, pero son cincuenta mil hombres que...

Ballyback agitó benévolamente las manos:

—¡Oh! No se preocupe, general. No les ocurrirá ningún otro daño físico. Del moral no podemos responder, claro está. Es demasiado fuerte el golpe para que los primeros días no lo acusen, con toda lógica. Pero lo que haremos es concentrarles a ustedes, a todos, y luego, cuando todos los habitantes, tanto deVenus y de Marte, se encuentren ya en su punto de destino, dominando la Tierra, ustedes se quedarán aquí. Nadie les molestará. El planeta será suyo. Completamente suyo, ¿me entiende?

Sí. Polignac le entendía demasiado bien. Él y sus cincuenta mil hombres se quedarían allí. Solos. Terriblemente solos. Durante algún tiempo funcionarían las máquinas productoras de oxígeno y de alimentos, luego... La idea era demasiado terrible y se agarró a los

barrotes de la jaula, vociferando enloquecido, pero a sus oídos llegaron únicamente las carcajadas de los tres hombres que les habían vuelto la espalda y se alejaban tranquilamente de aquel lugar, celebrando alegremente la primera etapa de su victoria.

* * *

Arthur La Hire se levantó aquella mañana y, tras haberse desayunado y aseado, se dispuso a concluir de vestirse. Tenía que hacer una grata visita, ya que hacía algún tiempo que no había visto a Hazel y sentía vivos deseos de charlar un rato con la muchacha y decirle... ¿Se atrevería? ¿Vacilaría? Le atormentó el problema un rato, pero de repente su atención se vio desviada al darse cuenta de que el cuello de la camisa le bailaba alrededor de la garganta.

¿Cómo era aquello posible? No había estado sometido a una cura de adelgazamiento. Por el contrario, durante los días que estuviera sirviendo al profesor Talbott de conejillo de Indias, había comido como un bárbaro y había ganado, así como su compañero Milo Sawyer, unos cuantos kilos. Era incomprensible la cosa, de modo que se quitó la camisa, y tomó otra.

Le ocurrió lo mismo. No hacía cuatro días le ajustaban perfectamente. Ahora le sobraba tela por todos los sitios. Incluso las mangas le ocultaban casi las manos.

Preocupado se fue hacia la habitación que ocupaba junto con su amigo, diciéndole:

—Oye, Milo. Mírame bien.

El otro alzó su vista del periódico que estaba leyendo:

—¿Qué te ocurre, Artie?

—Escucha y fíjate. ¿Tengo cara de haber adelgazado?

—No — la negativa era rotunda—. Por el contrario: te encuentro más grueso que el día en que te conocí, cuando nos vimos por primera vez en el recibidor del sabio. ¿Por qué lo dices?

—¿Por qué? ¿Quieres explicarme los motivos por los cuales una camisa que siempre me ha estado bien me está ahora que me parezca una sábana?

Milo se encogió de hombros:

—¿Qué sé yo? Pasan ahora cosas tan raras con las telas... Pero date cuenta de lo que dice el periódico. Pon atención — Milo leyó un título—: "Continúan las extrañas lluvias de color rojo en todo el mundo. Después de caer sobre toda Europa, es ahora el Continente Americano el que sufre los efectos de tan inesperado diluvio, cuya marcha, según anuncian los meteorólogos, lleva la dirección del Pacífico, para llegar muy pronto al Asia y... " ¿No te parece raro un fenómeno que afecta a toda la redondez del planeta, Artie?

Pero éste no pudo contestar acerca de la singularidad del fenómeno de que le hablaba su amigo, porque en aquel preciso momento sonó el zumbador delvisoteléfono y salió de la habitación para contestar a la llamada, preocupado en su subconsciente, sin saber exactamente el motivo, por aquel súbito aumento del diámetro del cuello de su camisa.

La pantallita inclinada ligeramente sobre la vertical del transmisor, se iluminó instantáneamente y el rostro hechicero de Hazel apareció en ella apenas movió Arthur el contacto.

Más no expresaba alegría precisamente la cara de la muchacha. Por el contrario, el terror más absoluto asomaba a ella y sus palabras lo confirmaron al instante:

—¡Por favor, Artie! ¡Ven! ¡Ven en seguida! ¡Nos quieren...!

No pudo continuar. El rostro ocupaba casi toda la extensión de la pantalla y de repente apareció una mano que tapó la boca de Hazel, cortándole las frases que iba a pronunciar, obligándola a apartarse de allí. Arthur vio, con toda perfección, cómo un desconocido arrastraba a la muchacha, a pesar de su desesperada resistencia y sus inútiles pataleos. También apreció, en el fondo de la habitación, que otro hombre golpeaba al doctor Talbott con una pistola en la cabeza, haciéndole caer desvanecido al suelo, y cargando acto seguido con él. Pero ya no pudo ver más: Una silla,, enarbolada por alguien que no aparecía en su radio de visión, surgió repentinamente ante la pantalla y cayó sobre aquélla en que había estado hablando Hazel. Arthur oyó un ruido de vidrios rotos y su viso-teléfono se quedó repentinamente limpio de toda imagen.

Aquello le hizo reaccionar. Voló hacia la habitación en que se hallaba su amigo:

—¡Milo! ¡Vístete, pronto!

Sawyer no hizo ninguna pregunta. La alarma que se pintaba en las facciones de su amigo era suficiente para comprender que algo grave pasaba. Echando a un lado las ropas de la cama, comenzó a vestirse apresuradamente.

—¿Qué ocurre? — inquirió entretanto.

—¡Hazel! ¡Hazel y el profesor! ¡Han sido atacados y los están raptando en estos momentos!

—¿Que los están raptando? — Sawyer no quería dar crédito a las palabras de Arthur, pero no por eso dejó de ponerse la ropa. Y todavía llevaba la americana en las manos cuando ya los dos se encaminaban a toda marcha al ascensor.

El taxi-helicóptero de que echaron mano apenas se hallaron en la calle les condujo a toda velocidad a casa del profesor, infringiendo todas las leyes del tránsito. Arthur sabía que ello ya sería inútil, porque los raptores, con su presa, se hallarían muy lejos, pero no quiso dejar de ir para echar un vistazo, y lamentó muy tarde el que en su precipitación se hubiera olvidado de avisar a su comisario. Él podía haberle ayudado. Se mordió los puños de rabia al ver el destrozado laboratorio que parecía una ruina, como si un devastador ciclón hubiera pasado por él. Los asaltantes tenían una misión concreta que cumplir y la habían ejecutado a conciencia.

—¿Por qué diablos se los habrán llevado? — gruñó Milo, al ver tal muestra de barbarie.

—No seas tonto — rezongó Arthur—. ¿Es que no lo comprendes?

—No, a decir verdad.

—Alguien sabe el feliz éxito del experimento del doctor y se habrá apoderado de él, con objeto de obligarle a entregarle la fórmula. Con ésta en susmanos, el que la posea será poco menos que invulnerable. Podrá cometer las mil y una fechorías sin que nadie le acuse de nada. ¿Lo entiende ahora, Milo?

—Confieso que no había caído en ello. Pero y aquí otra objeción, si tal experimento se llevaba en el mayor de los secretos, ¿quién es la persona interesada? Porque Kazoon nos vio cuando nos tuvo prisioneros por breves momentos, pero no podía saber de qué forma habíamos alcanzado tal transformación.

Eran lógicas las palabras de Milo a no poder más, por lo que

Arthur calló unos momentos meditando sobre lo que más les convenía hacer, hasta que, al fin, dio con la solución.

—El comisario Scanlon nos ayudará. Nosotros le hicimos un favor, y señalado. Creo que no se negará a echarnos una mano si se lo pedimos. ¿Te parece?

—¡Estupendo! —aprobó Sawyer—. ¿Qué hacemos aquí ya?

Una hora después los dos amigos se hallaban en el cuartel general del Comisario, y su primera impresión fue de desesperanza. Éste se hallaba de viaje.

—Pero no tardará en regresar—le contestó McBride, antiguo compañero suyo y ahora la mano derecha de Scanlon —. Podéis esperar un rato aquí, si queréis. ¿Cigarrillos?

—Gracias — contestó distraídamente Arthur, encendiendo uno y aspirando el humo pensativamente.

Su mirada vagó por toda la estancia, contemplando el cerrado panorama de nubes que se veía a través del amplio ventanal. Una enorme aglomeración de masas de vapor de agua, obscura, tétrica, haciendo que pareciera casi de noche apenas a las once de la mañana.

De repente un relámpago, muy diluido, por haberse producido por encima de las nubes, iluminó un tanto el ambiente, y no habían pasado cinco minutos cuando empezó a llover. Y apenas cayeron las primeras gotas cuando Arthur dio un salto en su asiento.

¡La lluvia era nuevamente roja!

Su coloración era tal que parecía propiamente sangre la que cayera del cielo, y mientras duró el extraño fenómeno lo contempló con gran curiosidad. Pero luego atrajo otra cosa su atención.

Douglas McBride se había levantado de detrás de la mesa en la que estaba trabajando y se acercó a un enorme fichero, uno de cuyos cajones abrió, husmeando algo en su interior. Arthur lo estaba mirando distraídamente, cuando observó algo raro, algo extraño en su antiguo compañero, algo que no podía definir, pero que — se dijo a sí mismo — no encajaba en él.

Bruscamente se le iluminó el cerebro:

—¡McBride! —le llamó y el interpelado se volvió, sonriente.

—¿Qué quieres, Artie?

—Me estoy fijando en una cosa.

—¿Cuál es?

—¿Te has dado cuenta de que has disminuido de estatura? —Douglas McBride alcanzaba casi los dos metros.

—¿Que he encogido, quieres decir? No me hagas reír, Artie. Lo que te ha ocurrido te ha trastornado el cerebro. Tú no estás...

—Yo estoy perfectamente — y se pasó la mano por el cuello de la camisa, dándose cuenta de que podía meter casi la mano entera, relacionándolo ahora con la pérdida de estatura que apreciaba en McBride—. Y te lo voy a demostrar, si me dejas. ¿Por casualidad tienes ahí una cinta métrica?

—Creo que sí — repuso el policía, hurgando en uno de los cajones de la mesa, ante el asombro propio y de Sawyer, que no comprendía a dónde iba a parar Arthur.

—Ponte aquí—dijo éste, cuando le dio el otro la cinta—. Así — y tomó la señal de la cabeza, marcándola con una raya fina de lápiz en la pared —. ¿Cuál es tu estatura normal, Mac?

—Un metro noventa y seis, Artie.

Durante unos segundos largos, inacabables, ante la desorbitada atención de los dos, Arthur midió desde el suelo a la marca y al fin exclamó, muy grave, tremendamente serio:

—Mac, lo siento, pero mis sospechas no son tales, sino realidades. Descontando dos centímetros de los tacones de tus zapatos, en estos momentos mides exactamente un metro y ochenta y ocho centímetros. Has perdido, por tanto, ocho centímetros de estatura y estoy seguro de que si te tomo el perímetro torácico, habrá disminuido éste en la misma proporción.

Y yo tengo ahora unos ciento setenta y seis centímetros de estatura, en lugar de los ciento ochenta y cuatro que son mis habituales. Y Milo ha bajado del metro sesenta. Y todo el mundo, muchachos, todo el mundo está disminuyendo de estatura.

—¿Cómo? — la exclamación fue simultánea. Ni McBride ni Sawyer querían creer las palabras de Arthur.

—Cierto. Absolutamente y fatalmente cierto. Tal disminución de estatura se debe a los efectos de tan extraña lluvia, y daría mi vida en apuesta, si hubiera alguien que consintiera en jugársela, a que

talincreíble fenómeno se debe a algún diabólico invento de los sublevados de los II y IV Planetas, y que no es ajeno a ellos esta lluvia roja que está cayendo e inficionando la atmósfera. Todos nosotros estamos condenados a convertirnos en unos enanos y…

—¡Pero eso es imposible! — exclamó McBride, estupefacto ante tales descubrimientos.

—¡Es cierto! — exclamó otra persona, entrando en aquel momento. El comisario Scanlon—: He escuchado todo y os digo que es la pura verdad.

—Pero eso no puede ser — objetó débilmente McBride que estaba a punto de desmayarse.

—¿Que no? — sonrió tristemente el comisario —. Lo he comprobado en mí mismo. He perdido casi diez centímetros. Pero aún hay más: he visto hombres, los que nos enviaron esos soberanos traidores para atemorizarnos, reducidos a una décima parte de su tamaño. Hombres de dos metros de alturas apenas si miden ahora veinte centímetros. Y esa es la suerte que nos espera, si no se encuentra el remedio, que no lo creo, a pesar de que el Gobierno ha requisado, por decirlo así, a todos los sabios del país y les ha lanzado en pos de un antídoto que nos permita conservar la estatura normal.

—¿Y si no lo encuentran? — preguntó Arthur.

—Si no lo encuentran, que es lo más probable, pondría mi mano en el fuego por ello, no nos quedará otro remedio que someternos a las exigencias de los rebeldes. ¿Qué podrá hacer una Humanidad de pigmeos frente a unos cuantos millones de marcianos y venusinos, bien armados y equipados?

Arthur sé dejó caer en una silla, hecho polvo:

—-Nos espera una vida llena de horror, comisario.

Seremos unos juguetes en manos de esos hombres que ya estarán volando hacia aquí.

—Sí—murmuró amargamente Scanlon—. Gulliver vuelve al cabo de cinco siglos de Jonahan Swift a crear su personaje, pero multiplicado por uno, por dos, por cinco millones… ¡Y contra esto no hay la menor defensa posible!

CAPÍTULO VII

La verdad no era más que una y absolutamenteirrebatible. En un plazo de quince días como máximo, según contó el comisario, por haberlo escuchado de los labios de quienes ya habían sufrido los efectos del misterioso liquido, mezclado con la lluvia, sus cuerpos se reducirían a una décima parte de su tamaño. ¿Cómo pensar, pues, en defenderse, de quienes, conservando su normal estatura, serían unos auténticos gigantes comparados con ellos?

La enormidad de la noticia, que Arthur había comenzado a descubrir y que Scanlon le había confirmado, había dejado al muchacho tan abrumado, que durante un buen rato permaneció silencioso, habiendo olvidado por completo el motivo principal de su presencia en aquel despacho. Los cuatro ocupantes de la estancia callaron durante unos minutos, fumando en silencio, hasta que Arthur, al venirle algo a la memoria, alzó la cabeza.

Cinco minutos más tarde el comisario ya estaba enterado de lo que había ocurrido en casa del profesor.

—Poco tiempo nos queda, pero lo aprovecharemos al máximo —dijo—. Empeñaremos todas nuestras fuerzas en rescatar a ambos, pero me gustaría, Artie, que me dijeras qué motivos tenían los secuestradores para llevárselos consigo.

—Es muy fácil de adivinar, comisario. ¿Recuerda usted el día en que fue a verme a casa del profesor Talbott?

—Sí. Y por cierto, me chocó bastante vuestro aspecto. Parecía como si hubiérais sufrido un grave accidente, tan cubiertos de vendas.

—Teníamos que estar cubiertos de vendas, porque era necesario para que usted no se enterara del sensacional descubrimiento del profesor. De no haberlo hecho así, de no haber llevado gafas obscuras, de no haber llevado las manos enguantadas, usted se hubiera dado cuenta en seguida del invento y a Talbott le interesaba mantener éste en absoluto secreto hasta tanto hubiera hecho la correspondiente comunicación ante la Academia de Ciencias —dijo Arthur.

—Pero, bueno, ¿qué diablos de descubrimiento era ése? — se impacientó el comisario.

Arthur miró a Sawyer, como consultándole en mudo gesto y al fin exclamó:

—Necesitábamos llevar aquellas vendas para que usted pudiera vernos.

—¿Para que pudiera veros? — repitió asombrado Scanlon—. ¡Qué diablos de relación...?

—Lo sabrá usted cuando le diga que el profesor Talbott había descubierto el modo de hacer invisibles a las personas. Sin ropa, usted no nos habría visto, comisario.

* * *

Llegaron a la Tierra sin oposición alguna, seguros de su éxito. En cerrada formación, trasladados a la ciudad en los abandonados vehículos que había por los alrededores del astropuerto y que sus propietarios, reducidos a una décima parte de su tamaño, ya no podían utilizar, se trasladaron a la zona urbana, en la que reinaba el pánico y el desorden más espantosos.

Moviéndose pesadamente, fuertemente armados para prevenir una posible reacción terrícola, los marcianos que constituían las primeras vanguardias, avanzaron despacio por las calles de la ciudad. Su paso era lento debido a que estaban acostumbrados a la menor gravedad del planeta en que habían vivido, pero siendo de una constitución humana absolutamente normal, pronto se acostumbrarían y serían más rápidos en sus movimientos.

Arthur los contempló subido en el antepecho de la ventana de su apartamento, tras el cristal, vestido con un pedazo de ropa no mayor que un pañuelo, que había rasgado para construirse un sumario “slip” con el que vestirse.

—Ahora podemos hacer esto — dijo a Milo, que se hallaba a su lado, con expresión sombría—. Ya me dirás cuando llegue el invierno, los millones y millones de personas que morirán a causa del frío.

En la calle, infinidad de pigmeos corrían desaforadamente en todas direcciones, huyendo alocados, espantados, aterrorizados por aquella enorme catástrofe que se había abatido sobre la Tierra. Centenares de cadáveres diminutos yacían por los suelos, abandonados, muertos en los terribles momentos que sucedieran cuando el mundo se dio cuenta de la horrible verdad. Todo el mundo había comprendido que se reducía de tamaño y uno de los problemas más acuciantes que se presentaba era la falta de alimentos que seguiría inmediatamente a su transformación, cuando a causa de la disminución de tamaño, nadie pudiera trabajar ya. Los saqueos y los desórdenes habían estado a la orden del día y las mismas tropas del ejército, movilizadas para contener a las enloquecidas muchedumbres, habían acabado por arrojar las armas, sabiéndose los mismos soldados atacados de aquel enigmático mal que volvía a un hombre en un enano diez veces más pequeño.

En toda la redondez del planeta habían ocurrido escenas idénticas. Matanzas, asesinatos, saqueos, incendios que nadie

apagaba,, habían causado millones de víctimas, sumiéndose todo el globo en un caos infernal en el que la única ley imperante, la única ley que se respetaba era la del más fuerte.

Desde lo alto de la ventana, a la que Arthur y Milo se habían encaramado con no poco trabajo, ayudándose de libros que les costaba mover una enormidad, empezaron a ver las primeras obras de los invasores.

Cuando la columna de éstos hizo su aparición, la gente comenzó a huir. Pero a pesar de la prisa que se daban, a pesar de que todos movían las piernas con la máxima rapidez de que eran capaces, también su velocidad de marcha había disminuído en la misma proporción y así, a pesar de la lentitud del paso de los marcianos, eran alcanzados fácilmente.

No era muy alto el piso que ocupaban, y así pudieron oír con toda claridad las voces y risas deaquellos que se les antojaban gigantes. Comentaban su triunfo y de repente uno de ellos, en medio de una convulsiva carcajada, alzó su rifle y disparo.

Quería probar su puntería y apunto hacia un hombre que, mal cubierto apenas por un trozo de tela anudada en los riñones, corría desolado delante de ellos.

La primera bala rebotó en el asfalto, perdiéndose a lo lejos con erizante silbido. Pero la segunda alcanzó su blanco y Arthur cerró los ojos, horrorizado.

Las dos mitades del cuerpo del infeliz volaron separadas al ser atravesado por el proyectil y la muerte del desgraciado provocó una serie de entusiasmados comentarios de los marcianos quienes, queriendo imitar a su compañero, comenzaron a disparar sin ton ni son contra todo el que se les ponía por delante.

Arthur vio, sin poderlo remediar, cómo las balas perseguían a una hermosísima muchacha. La infeliz saltaba, esquivando los hoyos que hacían los proyectiles en el suelo, pero no corrió mucho. Uno de ellos, más certero, la decapitó limpiamente, en tanto que el cuerpo, movido por sus reflejos nerviosos, siguió caminando aún tres o cuatro pasos, arrojando surtidores de sangre por el destrozado cuello, para desplomarse súbitamente, quedándose inmóvil en el suelo, en tanto que los sublevados celebraban con una orgía de palabrotas la puntería de su compañero.

Continuaron las escenas de horror. Suelta ya, liberada la fiera que todos y cada uno de aquellos hombres venidos de Marte llevaban

en su interior, los disparos menudearon hasta convertirse en un fuego graneado, perdiendo su correcta formación para dedicarse a la caza del terrícola. Uno de éstos intentó refugiarse en un portal, pero el escalón era demasiado alto para él y cuando intentaba izarse a fuerza de brazos, una bala impactó a su lado.

En circunstancias normales, no hubiera ocurrido nada. Apenas unas salpicaduras en los tobillos, procedentes de las esquirlas de la piedra, desprendidas al choque del plomo, pero ahora, los trozos de aquélla, agudos como aristas, cortantes como cuchillos, le destrozaron el cuerpo. El hombre cayó exánime, manchando con su sangre el pavimento.

En medio de gritos y risas de los gigantes, de alaridos y chillidos de los enanos, la orgía desenfrenada de sangre continuó. Un numerosísimo grupo de personas, varios millares, que apenas ocuparían veinte metros cuadrados, corriendo desaforadamente, dejando tendidos infinidad de cuerpos pisoteados y machacados en la aterrorizada huida, intentando ganar una calle lateral para esquivar el chaparrón de balas que les caía encima y que les abría anchos claros en las filas, pero de repente el desastre se les abatió encima.

Uno de los soldados invasores sacó algo ovalado de uno de sus bolsillos. Quitando la anilla de seguridad a la granada de mano, echó el brazo hacia atrás.

El metálico huevo describió una parábola en el aire. Cayó en el centro de la masa de pigmeos, aplastando unos cuantos con su sola masa, y luego continuó rebotando en el aire, machacando cuerpos, reduciéndolos a una pasta sangrienta, hasta que de súbito, obrando el fulminante, la granada se disolvió en un fogonazo, desapareciendo instantáneamente tras una blanca nube de humo.

Aquellos que no fueron consumidos por la llama de la explosión, que a los oídos de ambos amigos,que con el corazón en un puño contemplaban la matanza, sonó como algo apocalíptico, aterrador, volaron por los aires, muertos al momento. La onda explosiva, comenzando a distenderse en el mismo centro de la muchedumbre enloquecida, dispersó ésta, barriéndola radicalmente, dejando el suelo sembrado de cadáveres y miembros destrozados, enrojecidos con la sangre, habiendo reducido en una cuarta parte aquellos miles de terrestres que habían perdido la razón a causa del pánico.

Milo quiso bajarse de allí, pero Arthur que se dio cuenta del convulsivo temblor que se había apoderado de su amigo, desencajándole las facciones, le detuvo por un brazo.

—¿Dónde vas?

—Tengo una pistola — replicó Sawyer—, y aunque haya de morir, no dejaré de llevarme por delante algunos de esos perros.

—¡Pobre iluso! —comentó Arthur con amargura—: ¿Te olvidas de tu actual tamaño? Tu cuerpo se ha reducido en una décima parte de su longitud, ¿pero ha ocurrido igual con tu volumen?

—No te entiendo—dijo Milo, mirando extrañado a su interlocutor.

—Tú medías un metro sesenta y cinco de estatura, ¿no es así?

—Cierto, y ahora apenas si alcanzo los dieciséis centímetros.

—¿Cuánto pesabas antes, Milo?

—Pues... — se rascó la cabeza, contestando al cabo de un segundo —. Unos cien kilos, poco más o menos.

—Es decir, que tu volumen, contando con que el cuerpo humano es ligeramente más denso que elagua, muy poco, puesto que en el mar flota a poco que le ayudes, era de unos cien mil centímetros cúbicos, ¿no es así?

—No te entiendo, Arthur — murmuró el otro, desconcertado.

—Te lo explicaré — repuso Arthur, pacientemente —, y de esta forma te darás cuenta de la imposibilidad que es para ti coger tu pistola. Suponte que fueras un bloque regular de un metro setenta y cinco de altura, noventa centímetros de anchura — el perímetro torácico, para que lo comprendas—, y cuarenta centímetros de grosor, o sea la distancia que hay o había entre tu pecho y tu espalda., ¿hablo bien?

—Como Merlín el mago — afirmó pintorescamente Sawyer.

—Pues bien — continuó hablando el detective—: Al reducirte en una décima parte todo tu tamaño, es evidente que ese bloque, que antes tenía un volumen de mil quinientos noventa y cuatro mil centímetros cúbicos, o sea que, si tiene la misma o parecida densidad que el agua, pesará algo más de medio kilo. ¿Vas comprendiendo?

—Creo que sí. O sea que antes, si yo pesaba cien kilos, pesaré cien gramos. Mil veces menos, ¿no es eso lo que me quieres decir?

—Exacto. Pero eso ocurriría si nuestra forma fuera

completamente regular. Mas, como no es tal, puedes calcular que pesarás unos doscientos gramos ahora que eres un pigmeo. Y tu fuerza es apropiada a tus dimensiones. ¿Me has entendido, Milo?

—Desgraciadamente, sí, Artie. De modo que la pistola que antes me pesaba mil quinientos gramos…

—Sigue pesando lo mismo, porque ella no se hadeducido de tamaño. A los objetos inanimados no les ha afectado la lluvia roja, pero tu fuerza es ahora tan poca que te parecería tiene cien kilos o algo por el estilo. No lo sé con exactitud, porque sería cuestión de complicados cálculos, entre ellos construir un dinamómetro adecuado a nuestra nueva constitución, pero…

¡Bang!

El ruido del disparo cortó las palabras de Arthur. Entretenidos en su conversación, no se habían dado cuenta de que en la calle, completamente desierta, a excepción de los millares de cadáveres, habían quedado únicamente unos cuantos marcianos quienes, habiendo tomado por asalto un bar, salían de él, ya medio embriagados, sosteniendo en las manos botellas de licor de las que bebían en abundancia y uno de ellos, al empinar el codo, vio en el cristal frontero de un segundo piso dos minúsculas figurillas que parecían enfrascadas en una interesante charla, por lo que quiso sacarlas de ella. Pero su puntería, nublada su vista por los vapores del alcohol, no era muy buena, y lo único que hizo fue agujerear el cristal a medio metro por encima de las cabezas de ambos amigos.

Éstos se hallaban pegados al vidrio y fueron sacudidos bruscamente por la vibración, vibración que se repitió cuando un nuevo disparo impactó peligrosamente más cerca.

—¡Largo de aquí, Artie! Conejillo de Indias para hacerme invisible sí, pero no para servir de blanco.

Y sin esperar más saltó sobre el tapizado de la silla, agarrándose a continuación a una pata por la que se deslizó hasta el suelo,

Arthur le imitó, en tanto que las balas penetraban con terrible violencia en la habitación. Luego oyeron gritos y no les cupo la menor duda de la suerte que les esperaba: aquel grupo de borrachos había decidido subir a cazarlos.

—¿Cómo nos las vamos a arreglar, Artie? Estos tipos nos van a convertir en sendas tortillas como nos pesquen.

—Hay que buscar una cuerda. Un alambre, algo, en fin que nos pueda servir.

—¿Qué piensas hacer?

Pero Arthur ya no le contestó. Se hallaba muy ocupado tratando de rasgar una sábana, cortando una tira estrecha, pero lo suficiente firme para el uso a que la destinaba.

Con ella en la mano, ayudado por Milo, la ató a la pata de la mesilla que había a la izquierda de la puerta, en la posición de entrada. El otro fue sujetado a una silla opuesta, y hecho esto, los dos pigmeos corrieron a esconderse.

No tardaron en oírse pasos. Arthur juzgó que eran una pareja nada más y abrieron la puerta de un tremendo puntapié. Luego penetraron, cayendo acto seguido los dos al suelo, arrastrando los dos muebles, que cedieron al impulso, uno de los cuales chocó con la frente del primero que había entrado, sumiéndolo al instante en un desagradable sueño.

El otro cayó al lado de su compañero. El fusil se le escapó de las manos, resbalando por el liso pavimento, yendo a parar a la vecina estancia, en la que, al pie de unas cortinas se hallaban Arthur y Milo.

El hombre, medio atontado por el golpe que no esperaba, ahíto de alcohol, miró estúpidamente el arma que acababa de perder, e intentó levantarse del suelo, pero eran demasiadas las cosas que le embarazaban, entre ellas, las piernas de su colega, para que pudiera obrar con rapidez. Milo se dio cuenta de ello y voló a la pequeña cocina., regresando al cabo de un segundo con un cuchillo, abrumado por su peso.

—Esta es la nuestra, Artie. ¡Ahora o nunca!

El detective se dio cuenta de lo que pretendía hacer su compañero. Ayudándole a llevar el arma, que le hacía el efecto como si le pesara, en el tamaño que ahora poseía, unos veinte kilos, corrieron hacia el soldado caído, que respingó al ver aparecer aquellas dos figurillas, con no muy buenas intenciones hacia él.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, ya los dos habían saltado a sus hombros. El marciano quiso volver la cabeza, pero el mismo movimiento le fue fatal, porque la punta del cuchillo se le apoyó en el cuello y luego, impulsada por la desesperación, el arma le penetró profundamente en la yugular, de la que saltó un torrente de sangre.

El degollado se convulsionó espantosamente, y sus violentísimos espasmos arrojaron a los pigmeos al suelo. Se incorporaron rápidamente, sin haber sufrido daño alguno, contemplando la agonía del invasor, cuyos movimientos iban cesando poco a poco, pero de repente el zumbador del visoteléfono comenzó a sonar.

Arthur y Milo se contemplaron mutuamente, atónitos. Pero el primero reaccionó con rapidez. Echó a correr hacia la mesita en que estaba instalado el comunicador y, con habilidad de gimnasta, trepó por el cable, encaramándose sobre el mueble, seguido por Sawyer.

Tuvieron que usar las fuerzas combinadas de los dos para dar el contacto. Y apenas se iluminó la pantalla, cuando el detective estuvo a punto de caerse al suelo de asombro.

¡Era HazelQuaker la que, ocupando con su figurilla todo el vidrio deslustrado, le estaba llamando!

Y en aquel momento, el marciano inconsciente comenzó a rebullir, pareciendo volver a la normalidad.

CAPÍTULO VIII

Reducidos los hombres a un tamaño que era la décima parte del normal, sin otra causa para justificarlo que aquella extraña lluvia que ya había cesado tan súbitamente como empezara, la comunidad terrestre cayó en el más abyecto de los salvajismos. Cortadas todas las comunicaciones, aislados unos núcleos de otros, el ser humano volvió a la época de las cavernas, en que únicamente el más poderoso o el más hábil podía sobrevivir, por la fuerza de su músculo o de su inteligencia. El salto atrás, la regresión a un estado idéntico al que se encontraba la humanidad un millón de años antes no fue de una forma parcial, gradualmente, sino súbita, repentina, apenas el terrestre se dio cuenta de que ya no dependía, como antes, del esfuerzo aunado de todos para la solución de sus más perentorios problemas cotidianos, como eran la alimentación y el vestuario, entre otros. Se desencadenó la barbarie y ellos mismos, inconscientes, ayudaron a los rebeldes a conquistar el planeta, que de repente, para los que en él vivían, había aumentado diez veces sus medidas.

Atravesando ingentes multitudes desmandadas, Arthur y Milo corrían hacia el lugar en que se hallaba Hazel al pedirles socorro. La muchacha les había tranquilizado respecto a su salud corporal, no así tanto como la del profesor Talbott, que había padecido mucho en manos de los forajidos que le habían maltratado sin piedad al intentar extraerle el secreto de la fórmula que volvía invisibles a los seres humanos, pero tuvieron que dejarla unos momentos con la palabra en la boca.

—Aguarde un momento, Hazel — la había dicho Arthur, que vio moverse al marciano—: Tenemos que solventar un asunto. No se retire. Regresamos al instante. Vamos, Milo.

Éste obedeció sin chistar. Descolgándose por el mismo medio que habían usado para izarse hasta el visoteléfono, esto es, por el cable, el detective indicó a Sawyer el fusil.

—Necesitaré que hagas un sobrehumano esfuerzo. ¿Podrás?

Milo calculó de una ojeada sus dimensiones con las del rifle, replicando:

—Creo que sí — y se escupió en las manos frotándoselas, sin perder de vista al asaltante, cuyo conocimiento iba volviendo por momentos.

Entretanto, Arthur no se había estado quieto. Rasgó otra tira de la sábana, atando uno de los extremos al gatillo, quedándose él con el otro en las manos.

—¡Vivo, compañero, que se despierta! —gritó a Milo, quien puso en tensión sus poderosos músculos.

A pesar de ser un arma ligera, aquel fusil pesaría muy bien tres kilos cuando menos. Gruesas gotas de sudor brotaron de la frente de Sawyer al izarlo hasta sus hombros, en tanto que Arthur, detrás calculaba la puntería.

Procuró que sus ojos estuvieran en línea con elalza, el punto de mira y la frente del marciano, que en aquel momento volvía plenamente a la normalidad. El invasor se dio cuenta de que aquellos dos pigmeos estaban realizando una hazaña que él, en otra ocasión que no fuera aquella, hubiera reputado como imposible, pero no había contado con la fuerza de Hércules del más bajo de sus dos antagonistas, quien, tensando todos sus músculos, plantados firmemente los pies en el suelo, sostenía el fusil sobre sus hombros, en tanto que el otro calculaba la puntería. Reaccionando, quiso levantarse de un salto, pero era ya tarde.

El tironazo que diera Arthur a la improvisada maroma hizo ceder al gatillo. El percutor cayó sobre el fulminante y éste puso en combustión la pólvora, que impulsó hacia adelante la bala, que fue a incrustrarse entre los dos ojos del marciano quien, sin un solo grito, con un feo orificio en la frente, del que brotó al instante un hilillo de sangre, volvió a caer al suelo, en el que quedó definitivamente inmóvil.

En el mismo momento en que salió el disparo, cuya detonación ensordeció a los dos compañeros, Milo dio un salto lateral. Falto de una sujeción adecuada, el rifle se había movido hacia arriba y hacia atrás, al no tener un hombro que lo sostuviera. Arthur había dado a la tira de sábana la suficiente longitud y así el rebufo del arma no le cogió, pues de haberle alcanzado lo hubiera aplastado irremisiblemente. Y Milo esquivó también la caída del fusil, que chocó

estruendosamente contra el suelo.

De nuevo Arthur volvió a trepar hasta el transmisor. Vio a Hazel que se había demudado al oír el disparo y que le preguntaba:

—¡Oh, Arthur, Arthur! ¿Qué ha sido eso?

—Nada, Hazel. Una cuenta pendiente que teníamos Milo y yo. Pero dígame ahora, ¿dónde se encuentra? Iremos a verla y a socorrerla si ello es posible.

—Estamos en una casita de campo. A diez millas de la ciudad, al Norte, en el mismo borde de la autopista de Pennsilvania...

Acabó la muchacha de darle los datos y Arthur la tranquilizó:

—Está bien, Hazel. No se muevan ustedes de ahí, por nada del mundo. Milo y yo procuraremos llegar cuanto antes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Artie— y en medio de su dolor y su desesperación, la muchacha tuvo ánimos todavía para sonreír al detective quien agitó la mano en señal de saludo.

Tuvo que ponerse en pie encima del botón para cortar la comunicación y luego saltó al suelo, seguido de Milo y salió de la habitación en dirección a la calle.

Solamente la bajada por unos escalones que eran casi de su tamaño fue ya una pesadilla. Llegaron al nivel del pavimento exhaustos, agotados, y hubieron de sentarse unos momentos para recuperar las fuerzas, hasta que al fin, el mismo Sawyer fue quien primero se levantó dando la señal de marcha.

—Andando, compadre. Nos esperan diez millas de camino hasta llegar a la muchacha.

—¿Diez millas? ¿No serán cien, Milo?

Éste se quedó mirando a su amigo, con completa expresión de extrañeza:

—¡Caramba! Pues tienes razón. No había caído yo en ello. Sí que nos espera buena caminata.

—No lo sabes bien. Pero, como el lamentarse es inútil por completo, debemos comenzar a andar ahora mismo.

Esquivaron algunos grupos de pigmeos que se dedicaban a procurarse alimentos y ropa con que cubrirse de alguna forma.

Afortunadamente, las vanguardias invasoras habían desaparecido ya rumbo a algún lugar desconocido y, de momento, tal peligro había sido eliminado.

Descalzos, padeciendo en las plantas de los pies, Arthur y Milo comenzaron la penosa caminata, dispuestos a llegar a la casa en que se hallaban Hazel y el profesor. Pero de repente el primero, al mirar un establecimiento completamente abandonado, en el que nadie entraba ni salía sintió acudírsele al cerebro una sugestiva idea, idea que le vino precisamente por el aspecto desierto de aquella tienda.

—¡Ya está,! ¡Ya lo tengo! —exclamó Arthur alborozado.

—¿Tienes el qué? — inquirió Milo extrañado.

—El modo de no cansarnos, amigo. Ahí tenemos vehículos que nos transporten hasta la casa de Hazel.

—Tú estás... —pero no pudo completar Sawyer la frase, porque ya Arthur corría hacia la tienda, sin hacerle el menor caso.

“Bazar. Juguetes”, se leía en el rótulo que había encima de la puerta en letras que ahora resultaban gigantescas y Milo creyó comprender la idea de su amigo, quien ya se había perdido en el interior del establecimiento buscando algo, hasta que al fin un grito de alegría le hizo ver que Arthur había hallado lo que deseaba.

—¡Aquí, Milo, aquí! —y éste acudió a todo correr,encontrándose al detective encima de un estante, en el que amontonaban los juguetes sin que nadie los tocase.

Cuando estuvo arriba, Arthur palmeó el dorso de un automóvil.

Éste va a ser nuestro vehículo, Milo.

—¿Cómo? — las palabras del otro le habían dejado sin aliento.

—Muy sencillo. Este coche de juguete funciona por medio de baterías de pilas y puede conducirse por medio de cable de dirección. Esto lo hace un niño normal, pero a nosotros no nos hará falta. Bastará sentarnos y dar el contacto. Creo que alcanzaremos los veinte kilómetros a la hora, con lo que antes de dos estaremos junto a Hazel.

Se iluminaron los ojos de Milo:

—¡Espléndido, muchacho! ¡Vaya idea! Confieso que a mí no se me hubiera ocurrido. Pero, ¿cómo lo bajaremos hasta el suelo?

Arthur señaló con el pulgar hacia su espalda.

—Si esto no fuera un bazar, ¿crees que habría grúas de juguete?

—Hermano, tienes un cerebro que vale lo que pesa.

—Sí. En las circunstancias actuales, un par de dólares —y los dos hombres se echaron a reír, al mismo tiempo que hacían los preparativos necesarios para hacer descender su nuevo vehículo del mostrador hasta el suelo, mas apenas lo habían logrado, no sin haber colocado antes en el portamaletas — tal era su realismo —, un par de pilas de repuesto, cuando un grupo de gente irrumpió violentamente en el bazar.

Arthur se dio cuente instantáneamente del gravísimo peligro que para ellos entrañaba el que aquellos salvajes se apoderasen del coche, pues al verlos montados en él, la misma idea acudiría a todas las mentes, y gritó:

—¡Aprisa, Milo!

Saltó sobre el cable de la grúa que todavía pendía y se deslizó por él, seguido de su compañero. Y ya estaban soltando las amarras, cuando media docena de hombres se les echaron encima.

—¡Contentos tú, Milo, mientras suelto el cable!

—aulló Arthur.

Lanzando un alarido de júbilo. Sawyer se arrojó a la lucha. Todavía era un hombre fuerte y aquellos hombres retrocedieron a su empuje, en tanto que el detective, listo ya para partir, saltaba al asiento del coche, que apenas mediría cincuenta centímetros, y dio el contacto.

—¡Arriba!

Sawyer se arrojó en el interior del vehículo, que arrancó a toda velocidad, atropellando hombres y mujeres, sin distinción, dejando tras sí una estela de aullidos y maldiciones. Doblando las esquinas de los diversos mostradores, haciendo que quienes, estupefactos, veían moverse un coche de juguete tripulado por dos hombres, se apartaran temerosos de ser atropellados por el artefacto, Arthur, sujetando firmemente el diminuto volante que ahora le resultaba grande, salió zumbando hacia la puerta.

—¡Vamos a saltar, Milo! ¡Sujétate firme!

Los quince o veinte centímetros del escalón fueron salvados a costa de un fenomenal batacazo que hizo crujir alarmantemente la hojalata del cochecito, pero resistió perfectamente, así como el de la acera al suelo, y una vez en franquía, el detective enfiló

hacia la casa de Hazel, dejando a su paso miles y miles de asombradas personas quienes, al darse cuenta de la idea de aquellos hombres, se dedicaron con el mayor empeño a buscar otros bazares donde proveerse de automóviles de aquel tipo.

Visto desde su nuevo tamaño, la ciudad resultaba algo realmente impresionante. Los edificios parecían haber aumentado enormemente su tamaño, y ahora sí que podía decirse, con toda propiedad, que se perdían entre las nubes. No podía verse su final.

Las salidas de la ciudad estaban atestadas de gente que huía de ella, dejando tras sí un impresionante reguero de cadáveres, muertos por los mismos que se evadían de aquel tormento de vivir en aquella selva de cemento, en su desenfrenada marcha hacia el campo, en el que comprendían instintivamente que podrían defender mejor su vida que en el asfalto.

Asombrando a todo el mundo, esquivando cuerpos caídos, Arthur y Milo corrieron, hasta que al fin dieron vista a una casa al borde de la autopista, semiescondida entre un grupo de árboles.

—Aquí es — dijo el primero, y sin vacilar se metió por el breve caminito lateral, tocando el diminuto claxon.

Hazel no lo pudo evitar. Se echó en sus brazos, sollozando de alegría,

—¡Oh, Artie! Creí que no volvería a verte. Creí...

—pero se interrumpió, deliciosamente sonrojada, alargando luego su mano hacia Milo—: Hola, señor Sawyer.

—¿Y el profesor? — preguntó éste.

—Vengan por aquí — dijo ella.

El aspecto de Homerus S. Talbott era realmentedeprimente. Hazel, ante la muda interrogación de Arthur, comenzó a explicarse:

—Después de raptarnos, los forajidos nos trajeron hasta aquí. No sé cómo, pero se habían enterado de la fórmula de la invisibilidad descubierta por Hom y quisieron forzarle a descubrirla. Pero resistió a pesar de los malos tratos, aunque creo que ya no hubiera soportado

mucho más aquella, en medio de todo, catástrofe que a todos se nos ha venido encima. Al sentir los “gangsters” que perdían volumen, perdieron también la cabeza y huyeron espantados, dejándonos solos. He pasado unos días amarguísimos, hasta que se me ocurrió llamarte y, felizmente, estabas allí.

Ahora fue el propio Talbott el que intervino:

—Hijos, es cierto que una catástrofe se nos ha abatido encima. Una catástrofe solamente comparable a otra que ocurrió hace un millón de años: el Diluvio. Pero ahora tenemos en nuestras manos el remedio para combatir al invasor. Mi fórmula. Yo no puedo ir, pero vosotros sí. Hazel conoce tan bien como yo el laboratorio y, aunque estará bastante destrozado, creo podrá hallar los suficientes instrumentos y aparatos para reproducir la fórmula. Volviéndonos invisibles, podremos derrotarlos. ¿Qué os parece?

—Un poco lenta será la cosa, pero queda otro problema en pie. Suponiendo que, con el tiempo, logremos triunfar, ¿quedará la Humanidad convertida en una ingente colección de pigmeos, profesor?

Los ojos de éste se iluminaron:

—Lo que la, mano del hombre ha creado, puede destruir también. Será lento, como tú dices, pero volveremos a recuperar nuestro antiguo tamaño. De mísé decir que, apenas me haya repuesto, volveré al trabajo con redoblados bríos.

En aquel momento algo les hizo volver a todos la vista. Un hermoso perro lobo, meneando alegremente la cola, entró en la habitación y Hazel lo cogió en sus brazos.

—¡Pobrecito! También él se debe encontrar incómodo en su actual pequeñez, sin sus amos, ¿verdad, “Pag”? Pero te quedarás con nosotros, cuidándonos. ¿Sí?

El perro alzó la cabeza y sus inteligentes ojos se animaron al mismo tiempo que emitía un sonoro ladrido en señal de asentimiento.

—Bien — dijo Arthur—, dejando esto a un lado, ¿vamos a combinar el plan de operaciones?

* * *

—¡Esto no puede seguir así! —vociferaba el doctor Shepherdson —. Nadie nos hace caso. Todo aquél que ha desembarcado en la Tierra se ha lanzado al pillaje, en lugar de dedicarse a trabajar y reconstruir. En vez de regresar a Marte y a Venus con nuevas astronaves, para traer más compatriotas que están clamando por venir a la Tierra, se han lanzado a la más fácil de las vidas. Comer, beber, emborracharse. ¿Para qué molestarse en trabajar, si todo lo tienen al alcance de la mano? No tienen más que entrar por la primera puerta que se encuentran abierta y ya han solucionado su problema para el día. El ayer, para tales salvajes, ya ha pasado. El mañana no importa. Queda el presente... y ya pueden ustedes darse una idea de lo que constituye el presente para las fieras que nosotros mismos hemos desencadenado.

La detonación hubiera sonado estrepitosamente en la silenciosa noche, de no haberse confundido con el fragor de un trueno que rebotó por las espesas nubes que amenazan volcar su húmeda carga de un momento a otro. Pero el relámpago del disparo sucedió, sin discontinuidad, al que había iluminado el cielo durante una centésima de segundo, y la bala, hábilmente dirigida, impactó en la parte trasera del cochecillo de juguete que ocupaban Arthur y Hazel, volcándolo y haciéndole dar tres o cuatro volteretas sobre sí mismo.

La pareja salió despedida con terrible violencia, pero afortunadamente ninguno de los dos sufrió daño apreciable. El hombre cogió de la mano a la muchacha, y los dos se esfumaron en la obscuridad, sin que el afortunado tirador tuviera tiempo de repetir su acertado disparo.

La cosa había ocurrido cuando el detective y Hazel se hallaban ya a escasos metros del laboratorio del profesor, en el que se encontraron a los pocos momentos, en tanto que a sus espaldas dejaban el griterío de los invasores, que recriminaban al que había hecho fuego por haberlos dejado escapar. Pero a ninguno de los dos forzosos pigmeos les infundieron aquellas voces el menor temor. Estaban seguros de no ser hallados y así. Arthur haciendo verdaderos equilibrios sobre una silla, logró alcanzar el conmutador de la luz, que funcionó de verdadero milagro.

—Nos verán los marcianos — sugirió Hazel, teme rosa.

—No lo creo— replicó Arthur, descendiendo al suelo—: ¿No te has dado cuenta de que hay muchas ventanas con luz? Ello prueba que los sublevados usan las habitaciones. Habrán puesto en funcionamiento alguna central eléctrica para sus usos más indispensables, cosa que, de momento, nos sirve muy bien a nuestros planes. Y ahora, ¡al trabajo! Tú eres la que mandas aquí, Hazel.

No era mucho lo que podían llevarse, pero sí lo más substancioso, aunque, por las mismas dificultades que entrañaba tener que trepar continuamente a las mesas, lo que les hacía perder demasiado tiempo, esquivando también el sinnúmero de fragmentos de vidrio que habían esparcidos por el suelo y que ahora resultaban de colosales dimensiones, pero al fin llegó la hora, y la muchacha dijo:

—Ya estamos listos. Lo más importante queda hecho, Artie. Vámonos.

Pero en el momento en que se disponían a salir, se quedaron súbitamente paralizados.

¡Una enorme, gigantesca sombra se proyectaba sobre ellos! ¡La sombra de un invasor!

Y una formidable carcajada atronó la atmósfera de la destrozada habitación.

CAPÍTULO IX

El hombrecillo atravesó corriendo por entre las filas de invasores quienes, al hallarse en un lugar en el que no podían disparar sin riesgo de ser heridos por sí mismos, -se limitaron a perseguirles a puntapiés, sin conseguir, no obstante, su objetivo. El pigmeo sabía muy bien adonde se dirigía, porque se detuvo ante una puerta cerrada, guardada por un centinela que se agachó y lo tomó en la palma de la mano, sin el menor esfuerzo.

—¿Qué quieres? —y a los oídos del recién llegado la interrogación resonó como el estampido de un cañonazo.

—Tengo que hablar con los Duunviros. Inexcusablemente —contestó con voz que quería ser enérgica, pero que resonó de modo lastimeramente ridícula, debido a su escasa voluminosidad.

El soldado exhaló una risotada:

—A vuestras órdenes, alteza. Ahora mismo — y abriendo la puerta, lo depositó en el suelo, dándole a continuación un suave papirotazo, pero que le hizo dar dos o tres volteretas sobre sí mismo.

El pigmeo se incorporó rezongando amenazas, agitando el minúsculo puño, en dirección al soldado, quien cerró la puerta tras sí, continuando en sus feroces carcajadas.

Los dos médicos se hallaban conversando con su hombre de confianza, Wicklow, y alzaron la cabeza al ver al enano. Ballyback se levantó y lo colocó sobre la mesa, escuchando a continuación atentamente las quejas del homúnculo.

—La culpa es suya — refunfuñó el doctor, al cabo de unos momentos—: ¿Es que no supo encontrar el antídoto? Si se lo hubiera aplicado, ahora tendría usted la estatura, normal. En fin, tendremos que procurarle el que devuelve el tamaño perdido. Será cuestión de unos cuantos días, pero lo lograremos. ¿Tendrá paciencia?

—Espero que sí — mascculló el pigmeo—: Pero que sea cuantos antes. ¿Creen ustedes que, después de cuanto hice, hay derecho a verme así?

* * *

Si Hazel no hubiera obrado tan rápidamente, aquel gigante los hubiera aplastado casi en el acto. Pero entre los utensilios que había tomado del laboratorio había dos ampollas de tipo de inyección que levantó, una tras otra, sobre su cabeza, arrojándolas al suelo, de modo que los respectivos líquidos contenidos se mezclaran, produciéndose en seguida una densísima humareda que los ocultó por completo a la vista del marciano.

—¡Vamos, Artie! —gritó la muchacha, cogiendo de la mano al detective, y echando a correr a través de la nube de humo, en tanto que sobre sus cabezas sentían los gritos e imprecaciones del soldado, que gruñía malhumorado ante el inesperado contratiempo. Pero no duraron mucho sus quejas. Un enorme ruido, un sordo choque se oyó acto seguido, y Arthury Hazel comprendieron que el hombrón había perdido la noción de las cosas, semiasfixiado por los gases desprendidos de las ampollas rotas.

Les costó mucho llegar a donde se hallaba el cochecillo, volcado. Arthur lo examinó con ojo crítico y decidió que, en medio de todo, no habían dejado de tener suerte. El balazo lo había atravesado por la parte posterior, abriéndole dos enormes boquetes, de salida y de entrada, pero fuera de esto, el vehículo se hallaba en perfecto estado de funcionamiento.

—Necesitaré de tus servicios, Hazel. Solo no podría levantar el coche.

Apoyando su espalda, en tanto que la muchacha hacía presión con ambas manos, consiguieron volver al diminuto automóvil a su posición normal. Cargando en él cuanto podían, Arthur comprobó el perfecto funcionamiento del motor y un suspiro de alivio se escapó de su pecho.

—¡En marcha! —dijo y acto seguido arrancaron a lo que a ellos les parecía una enorme velocidad, y que no llegaba, sin embargo, a los veinte kilómetros a la hora.

Pero si la dimensión espacio parecía haber aumentado diez veces más, no así ocurriría con el tiempo, que continuaba siendo el mismo, sin variar, y les costó bastante más de cuatro horas llegar a la casa en que esperaban Talbott y Milo, éste habiéndose quedado para cuidar del primero, y quienes los acogieron con grandes muestras de júbilo.

Arthur se dio cuenta de que tanto el profesor como su amigo no estaban solos. Había varias personas allí, pero antes de que pudiera

hablar para inquirir por los motivos de su presencia, Talbott se le anticipó, presentándoselos y diciendo a continuación:

—Son de toda confianza, Arthur. Vieron luz y entraron, pues estaban desfallecidos de hambre. Les socorrimos y decidieron quedarse aquí para unirse a nosotros en la lucha contra los invasores.

—Me alegro mucho — contestó el detective, con sencillez, estrechándoles la mano—. Ahora me gustaría que viera usted lo que hemos traído Hazel y yo.

Talbott meneó la cabeza con pesimismo:

—Poca cosa es — dijo, al cabo del rato.

—Por eso no hay que preocuparse, profesor. Nos sobra tiempo y poco a poco iremos trayendo lo que nos haga falta, hasta que usted pueda elaborar de nuevo su fórmula...

Le interrumpió bruscamente un alarido de Hazel, quien miraba a la puerta con desorbitados ojos, con las manos en la boca, retrocediendo lentamente, y Arthur sintió helársele la sangre en las venas, al contemplar el horrible engendro que estaba a unos pocos metros de distancia del grupo.

Una araña, negra, enorme, de unos ocho o diez centímetros de longitud, agitando amenazadoramente sus gruesas y velludas patas delanteras, en tanto que sus ojillos negros, brillantes como carbunclos, pareciendo dos cuentas de azabache, resplandecían mirando hipnótica y malignamente a los espantados pigmeos, a los que en otra ocasión les hubiera bastado con alzar un pie y bajarlo, para aplastar al repulsivo animal que se había presentado allí de improviso.

Durante unos segundos largos, inacabables, unos y otros se miraron mutuamente, en tanto que a los oídos de los humanos llegaba un indefinible y apenas audible sonido, semejante a un suave chirrido, quepartía del abdomen del animal que al fin, lanzándose hacia adelante a toda carrera, atacó.

El grupo se dispersó huyendo todos a la desesperada. Pero uno de los infelices no anduvo tan listo como los demás y cayó bajo las patas del animal, que inmediatamente le clavó las mandíbulas en el cuello, en medio de los frenéticos y convulsivos movimientos del desgraciado, que en vano pugnaba por desasirse de aquella fiera que le estaba succionando la sangre con evidente placer.

Pero Arthur, que, tras ayudar a Hazel a subirse a una silla y de

aquí a una mesa, contemplaba la espantosa escena, comprendió que una vez que la araña terminara con su presa, continuaría probablemente con los demás y aun suponiendo que quedara harta, volvería otro día a tan suculento coto de caza, y se dijo a sí mismo que había que acabar con el animal. Buscó desesperadamente algo con que combatirlo, ya que no había ni que pensar en usar solamente las manos, pues ello era ir a una segura muerte, y de repente soltó un grito de alegría.

—¡Milo, ven aquí! ¡Y ustedes también!

Sawyer llegó en seguida al lugar en que se hallaba la pareja:

—¿Qué hay? ¿Qué piensas hacer, Artie?

Éste le señaló una caja rectangular que tenía al lado, de unos seis centímetros de longitud:

—Esta es el arma con que combatiremos al bicho. Ayúdame a tirarla al suelo.

Milo no preguntó: se limitó a obedecer y, secundado por dos pigmeos más, arrastraron la caja hasta voltearla por fuera del borde de la mesa. El ruido pareció despertar a la araña de su letargo, pero tras una indiferente mirada continuó con su banquete.

Arthur fue el primero en llegar hasta la caja. Todos habían comprendido su idea y unos segundos más tarde, media docena de cerillas ardían, sostenida cada una de ellas por un par de manos.

Formando un círculo, envolvieron al octópodo. Éste se sintió alarmado y abandonó a su ya inerte víctima, moviéndose inquieto; pero los hombres, firmes, cerrando cada vez más aquella ígnea argolla, se le fueron aproximando.

El arácnido intentó saltar sobre Arthur, pero éste soportó a pie firme la acometida. Agitando la cerilla como una tea, le chamuscó todos los vellos de una pata, con lo que el animal retrocedió en busca de otra salida. Mas ya era todo inútil. A la fuerza hubiera conseguido su propósito contra aquellos que su escasa inteligencia había reputado como débiles e indefensos animalitos, útiles para servirle solamente de exquisito alimento. Mas, si los pigmeos tenían menos poder físico que él, su cerebro era infinitamente superior y aquellas armas que lo quemaban eran algo con lo que la araña no había contado.

Hazel saltó también valientemente al suelo, comprendiendo cuál era su papel en aquellos instantes Cada vez que alguno de los hombres

arrojaba su cerilla, a punto de consumirse, ella le entregaba una recién encendida, con lo que el círculo ardiente no perdía ningún eslabón, y al fin el animal dio muestras de decaimiento. Y allí acabó la lucha, porque los palitos encendidos comenzaron a lloverle encima, hasta que la araña quedó muerta, absolutamente in móvil, al lado del cadáver del hombre a quien había absorbido toda la sangre.

Un dolor denso, nauseabundo, repugnante, se extendió por la atmósfera, y Hazel tuvo que salir alexterior ayudada por Arthur, pues creía desmayarse. Luego, cuando ya todo pasó, cuando no quedó la menor señal de la horrible lucha sostenida, volvió a entrar. Debía continuarse la lucha y uno de los me dios indicados era atender con todo interés las instrucciones del profesor.

* * *

Los días fueron pasando lentamente. Se hacían muy escasos progresos y a veces Arthur y Hazel se sentían desfallecer.

—Hay veces en que de buena gana arrojaría todo a paseo y procuraría conformarme con mi nueva existencia — decía la muchacha, medio sollozando.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Arthur, procurando animarla —. Todo es cuestión de un poco de paciencia. Las cosas no se consiguen sin un poco de trabajo.

—¿Trabajo? — sonrió amargamente la joven—. ¿Te parece poco el subir siquiera diez centímetros cúbicos de agua hasta la mesa del laboratorio provisional, Artie? ¿Te parece...?

—¡Calla un instante, Hazel! ¿Escuchas lo mismo que yo?

Unas voces roncas, estentóreas, se oían a muy pocos pasos de distancia. Unas pisadas lentas, que indicaban que los propietarios de aquellos pies caminaban pesadamente, se oyeron ya muy cerca, haciendo crujir la gravilla.

Arthur dejó con la palabra en la boca a la muchacha. Saltando al suelo corrió hacia la puerta y se quedó paralizado por el espanto.

Andando con indiferencia, tronchando las plantas, cortando las flores, pegando puntapiés a cuantoencontraban al paso, tres o cuatro soldados avanzaban hacia la casa, atraídos por la iluminación que

había en su interior.

Tan inesperada había sido su aparición que durante unos momentos la muchacha y Arthur se quedaron paralizados por la estupefacción, y cuando quisieron prevenir a los demás ya era tarde. El primer invasor ponía ya su pesada planta en el umbral de la puerta.

—¡Mirad quién hay aquí! ¡Pigmeos!

—¡Caramba! —exclamó otro—. Yo creí que esta parte del país se hallaría desierta.

—¡Vamos a ejercitar un poco la puntería! —gritó alegremente un tercero, cargando su rifle.

Pero ni Arthur ni Hazel quisieron escuchar más. Deslizándose de la mesa al suelo, abandonando en ella todos los aparatos científicos que a costa de infinitos trabajos y penalidades habían conseguido reunir, corrieron en dirección a las habitaciones del interior, en las que el profesor, ya repuesto de los malos tratos sufridos al caer en poder de los secuestradores, se hallaba trabajando con aquellos colaboradores que voluntariamente se le habían unido.

—¡Corred! ¡Vivo! —gritó él detective—. ¡Tres o cuatro marcianos vienen hacia aquí!

La desbandada fue general, fulminante. Incluso el mismo “Pig”, asustado, comprendiendo que sus ladridos no podían detener a aquellos gigantones, corrió ágilmente hacia la puerta posterior, que era la de la cocina de aquélla casa de campo, mas antes de que la alcanzaran, sus enemigos hicieron irrupción en aquellas habitaciones.

Con gran risa y algazara comenzaron a disparar sus fusiles. Afortunadamente no tenían grandes dotes de tiradores, por lo que las balas rebotaban con cierta imprecisión, pero una de ellas pasó entre medio de Arthur y otro pigmeo, que, desesperado como él, corría a su lado, en busca de la salida.

No les ocurrió ningún daño, pero el desplazamiento súbito y violento del aire, los arrojó a un lado, abatiéndolos en el suelo. Arthur sintió una fuerte opresión en los pulmones, pero se recuperó en seguida, levantándose de un salto y alcanzando la salida, en la que ya se hallaba la muchacha, esperándole, pálida, pero valientemente a pesar del crítico momento por el que estaban atravesando.

Pero el otro no tuvo tanta suerte. La caída le había atontado y cuando se quiso incorporar, ya una pesada garra se cerraba sobre su

cuerpecillo.

El hombre gritó, lívido de miedo, se agitó, pataleó, pero todo fue en vano. El marciano lo sostenía con facilidad entre sus enormes índice y pulgar, mostrando satisfechísimo aquella presa a sus compañeros, que celebraron la captura con grandes risotadas.

Luego ocurrió algo horrible, espantoso, increíble de ver, a no estarlo presenciando y saber que aquellos marcianos se habían convertido en unas fieras, conservando únicamente su apariencia humana, más habiendo perdido todos los sentimientos que tuvieran la menor relación con la ética. El que tenía al infeliz enanillo se lo sacudió de encima,, arrojándoselo al compañero que tenía enfrente.

Chilló aterrorizado el prisionero, al verse lanzado por el aire, dando volteretas, y cayó en otras garras que, tras sostenerlos unos segundos, lo despidieron contra otro, pero éste no se entretuvo en recogerlo, sino que, tomando su fusil por el cañón, usándoloa modo de "bate" como en el juego de "base-ball", lo alzó detrás de sí, bajándolo con todas sus fuerzas en el momento en que llegaba aquella figurilla, ya medio desvanecida por el intenso pánico. El improvisado bateador acertó.

Hazel cerró los ojos, abrazándose convulsivamente a Arthur, para no ver el horripilante fin de aquel desgraciado que manchó totalmente de rojo la culata del arma, convirtiéndose en una pasta del mismo color. Y aquellas bestias celebraron, riendo de nuevo como locos, la "graciosa" ocurrencia de uno de ellos.

Pero no podían perder el tiempo unos y otros en sentimentalismos inútiles. Los invasores, porque habiendo perdido ya, a la vista de la sangre, los estribos, sentían necesidad de continuar haciendo más salvajadas. Arthur y Hazel, porque debían salvarse a sí mismos, volviendo la vista al espantoso cuadro, corrieron como locos hasta ocultarse entre las plantas del contiguo bosquecillo que había ubicado detrás de la casa.

Al abrigo de una mata, que antaño hubiera aplastado fácilmente con el pie y ahora les cubría perfectamente, con el corazón en un puño, vieron cómo aquellos gigantes revolvían todo en su busca, hasta que al fin alguien les gritó desde el interior del edificio y abandonaron la caza…

—¿Qué pensarán hacer ahora? — murmuró Hazel, inquieta.

—No lo sé — replicó Arthur, también intranquilo, mas la respuesta a la interrogante de la muchacha llegó a los pocos

momentos.

Primero fueron ruidos de vidrios rotos, siempre en medio de las inevitables risotadas. Luego, el crujir de los muebles, disparos hechos contra las paredes,golpes de culata en las paredes en búsqueda, de algún inexistente tesoro, y al fin una claridad rojiza salió por las ventanas.

Arthur advirtió que los marcianos se habían alejado al otro lado para contemplar los resultados de su destructora labor, lo que comprobó en la lejanía del sonido de sus voces. Luego aquella claridad de siniestros tonos fue bien pronto sustituida por las llamas que comenzaron a salir, envueltas en humo, por las ventanas, y pronto toda la casa no fue más que un mar de lenguas de fuego, rugiente, huracanado, que no tardaría en reducir todo a cenizas.

Se acercaron el profesor, Milo y el resto de los colaboradores. El primero estaba lívido de rabia y de furor. Crispó los puños y, sin hablar, su rostro demostró toda la cólera que hervía en su ánimo. Pero no podía hacerse nada. Era demasiado evidente para engañarse. Aun los mismos que lo habían provocado, no hubieran logrado contener el incendio.

Arthur rodeó el talle de la muchacha, que lloraba desconsoladoramente, viendo perdidas sus últimas esperanzas, desaparecida ya la única posibilidad de combatir con cierto éxito al invasor y comenzó a caminar con la idea de alejarla de allí. Se le representó el panorama de lo que sería la vida de ambos en lo sucesivo y no pudo por menos de sentirse acongojado ante lo sombrío del porvenir.

Una adaptación a la nueva vida les esperaba. Pasarían largos años antes de que pudieran habituarse a ella, pero ¿no vivirían en una perpetua esclavitud, siempre pendientes de los menores caprichos de los que ahora eran sus dueños y señores y cuyo número iría aumentando, lenta pero constantemente, a medida que nuevas expediciones fueran desembarcando de Marte y Venus?

Ésta fue una pregunta, mejor dicho, una serie de preguntas que se hizo Arthur a si mismo y que no supo contestarse. Con Hazel a su lado, procurando calmar el intenso dolor de la muchacha, comenzó a andar. Y encaminaron sus pasos inconscientemente hacia la ciudad.

CAPÍTULO X

Era un fúnebre grupo el que se había reunido en el antiguo apartamento de Arthur. Silenciosos, ya llevaban unos cuantos días viviendo allí y alimentándose de las conservas que habían encontrado en la nevera, que seguía funcionando, así como todos los servicios de luz, puesto que las plantas atómicas que generaban la electricidad tenían metal fusionable para mucho tiempo, además de que a los invasores les convenía tenerlas en funcionamiento para sus propios fines. En tiempos normales, aquellas provisiones se habrían agotado en dos días, mas ahora les duraban diez veces más. Por otra parte, tanto Arthur como Milo, así como el resto de los hombres, habían efectuado arriesgadas salidas, buscando tiendas y locales en los que hubiera artículos alimenticios y, aunque habiendo sostenido enconadas batallas, ya que el salvajismo estaba a la orden del día, y luego desarrollado un ímprobo trabajo, habían conseguido reforzar la despensa.

Pero no así sus ánimos que estaban sumamente deprimidos.

Alguien estalló, rotos los nervios:

—¿Es que vamos a pasarnos así toda la vida? ¿No podemos hacer nada? ¿Nada? Yo sí sé lo que podemos hacer. ¡Acabar con esta

pesada carga de unavez! —y pronunciadas estas palabras, echó a correr hacia la puerta.

Arthur y Milo captaron simultáneamente la intención del enloquecido pigmeo: llegar hasta la escalera y saltar por el hueco. La muerte seria instantánea. Si había veinte metros de distancia, ahora le representarían doscientos. Todas las medidas habían aumentado en la misma proporción en que ellos habían disminuido.

Pero el presunto suicida no llegó a consumar su propósito, porque fue alcanzado por la pareja, quienes, a pesar de su feroz resistencia, concluyeron por reducirle, sobre todo cuando Milo le aplicó su puño derecho al mentón, haciéndole desvanecerse instantáneamente.

Volvieron a sumirse todos en su lúgubre silencio, apenas terminado tan enojoso incidente. Sin embargo, apenas habían transcurrido diez minutos, cuando algo atrajo su atención.

Nadie supo cómo, pero “Pig” había logrado encaramarse en una de las mesitas, sobre la cual se veían dos cajas redondas de metal. El perro hacía rato ya que jugaba con ellas, y Arthur se dio cuenta de que el animal estaba notablemente inquieto. Gruñía, las olfateaba, y las golpeaba con las patas de una forma harto extraña que al fin logró acaparar la atención de Arthur, quien trepó hasta colocarse al lado del cuadrúpedo.

Entonces reconoció aquellas dos cajas de que se apropiara la noche del asalto al despacho de JohnnieKazoon, y una súbita idea cruzó por su mente.

—¡Milo!

—¿Qué hay? — contestó aquél.

—Sube aquí inmediatamente,

—¿De qué se trata? — preguntó Milo, una vez estuvo junto a Arthur.

—Necesito que me ayudes a destapar estas cajas. Creo que aquí hay algo que puede interesarnos.

Cinco minutos después, una pareja de sudorosos hombres contemplaban cómo el perro se hartaba de lamer la pasta blanco verdosa que contenía la cajita, y que exhalaba un suave perfume particularmente agradable.

—¡Basta ya! —exclamó Arthur cuando lo juzgó oportuno, apartando de allí a “Pig”, que meneaba la cola satisfecho por el improvisado banquete que se había dado, apercibiéndose él entonces de que todos cuantos allí se encontraban, incluyendo al frustrado suicida, estaban contemplando interesadísimos la maniobra.

—¿Qué pretende usted con eso, La Hire? —preguntó el profesor.

Por toda respuesta, el detective le enseñó las tapas de las cajas, diciéndole:

—Si mis presentimientos no me engañan, aquí tenemos la solución de todos nuestros males, profesor.

—No le entiendo, Arthur — contestó éste, pleno de sinceridad, un tanto desconcertado.

—Quizá me comprenda usted dentro solamente de veinticuatro horas — y agachándose, acarició la cabeza del can, que agradeció la muestra de cariño con un alegre ladrido —. “Pig”, tú no puedes saberlo, pero es muy posible que las generaciones futuras, si es que nosotros no podemos, te eleven un monumento. Creo que has salvado a la Humanidad.

Todo el mundo, incluyendo a Hazel, miró al detective con gran asombro, pero Arthur no quiso hablar ni media palabra más acerca del asunto. Pero sí en cambio pudieron darse cuenta de que durante todo el plazo que se había marcado, no separó su vista del animal, “cuyas medidas, a la misma hora del día siguiente, habían aumentado ligeramente”.

Arthur las comparó con las que tomara inmediatamente después de que “Pig” comiera de aquella pasta, contenida en la caja marcada con la etiqueta “Después”, y exhaló un suspiro dé satisfacción.

—Profesor, eran ciertos mis presentimientos. Fui un bruto al no ocurrírseme antes la solución. Pero ¿quién iba a pensar que el contenido de estas cajitas podía estar relacionado con la disminución del volumen? Ésta atacó solamente a los animales de sangre caliente, por lo que la araña aquella nos pareció un monstruo fabuloso y mitológico, ya que ella no había sido afectada por aquel rarísimo fenómeno meteorológico que nadie acertó a explicarse hasta que nos convertimos en unos enanos. Sin embargo, nosotros hubiéramos buscado en vano, y ha debido ser un animal, con su infalible instinto, el que nos ha dado la solución del enigma, solución que nos permitirá luchar contra los invasores, pero no con sus propias armas, sino con la suya, profesor, con la fórmula de la invisibilidad y que hará que uno

solo de nosotros, recuperado su tamaño normal, valga por cien de ellos. Formaremos un ejército de hombres invisibles, que asestarán golpes aquí y allá. No hará falta que vayan armados. Para matar a un marciano basta con acercarse a él y quitarle su propio fusil. No se dará cuenta de nuestra presencia hasta que vea el arma volarle de las manos y dispararse sola, sin que nadie la toque, contra su cuerpo. El no vernos les desmoralizará y acelerará su descomposición,por lo que muy pronto serán presa fácil para nosotros.

* * *

En el cuartel general de los petulantemente llamados duunviros se había conseguido aparentar un mínimo de disciplina. Ballyback y Shepherdson, por la dialéctica, y Wicklow, por la fuerza bruta, habían conseguido imponerse y poco a poco la cordura y la sensatez se iba apoderando de los ánimos de los marcianos desembarcados, quienes acabaron por comprender que aquella situación no podía durar eternamente, por lo que, unos convencidos y otros todavía de mala gana, fueron entregándose al trabajo, disponiéndose a enviar la segunda expedición de transporte a los planetas, con objeto de cumplir los objetivos acordados: trasladar a todos sus habitantes a la Tierra.

Pero entonces empezaron a llegar noticias alarmantes. Una astronave a punto de despegar, estalló incomprensiblemente, apenas se había elevado cien metros del suelo, causando terrorífica mortandad en cuantos se hallaban en el puerto espacial. La investigación subsiguiente, que se hizo apenas estuvo descontaminada la atmósfera, demostró que dos de las toberas habían sido cegadas, por lo que los gases, al no poder escapar libremente, habían aumentado enormemente la presión, produciéndose el reventón, cuyos efectos aumentaron al comunicarse a los reactores que se desintegraron súbitamente.

En los lugares donde los marcianos se habían decidido a trabajar comenzaron a ocurrir cosas extrañas. Muertes que no había modo de explicar, accidentes inexplicables, incendios que estallaban, súbitamente, todo ello comenzó a sumir en una pavorosa intranquilidad a los invasores, que ya empezaban a preguntarse sobre quién de ellos sería descargado el próximo golpe. En vista de lo inestable de la situación, los directores de la sublevación acordaron reforzar la vigilancia y ordenaron que, en lo sucesivo, nadie fuera

desarmado, como así mismo debían caminar por lo menos en parejas, al igual que los puestos de centinela, pero todo resultó inútil.

Continuaron las muertes misteriosas. Los soldados de guardia aparecían muertos por sus propias armas, aunque éstas desaparecían luego sin dejar el menor rastro. Y todo aquello, repetido durante días y días, comenzó a minar su moral, resquebrajándose la escasa disciplina obtenida, ante lo cual Ballyback, Shepherdson y Wicklow empezaron a temblar por ellos mismos.

Emitieron órdenes severísimas y los soldados comenzaron a patrullar de nuevo por la ciudad, haciendo frecuentes registros, pero al mismo tiempo no dejaron de observar algo raro. Así como antes, aunque en signo constantemente decreciente, bien que esta disminución no fuera muy rápida, siempre veían pigmeos circulando por toda la ciudad, ahora eran muy escasos, y pronto desaparecieron totalmente. Se esfumaron y aunque hallaron grandes cantidades de ellos por los campestres alrededores, en cambio la zona urbana estaba desierta como nunca lo estuviera anteriormente.

Por otra parte, los atentados comenzaron a hacerse ya a la descarada. Antes eran uno o dos losmarcianos que morían sin que se pudiera hallar al autor del desaguisado, pero ahora, cada vez que una patrulla cruzaba por algún punto medianamente desfavorable para ella, era atacada desde las ventanas de las casas. Los supervivientes recorrían los pisos desde los que eran tiroteados, sin hallar nunca otra cosa que vainas vacías, oyendo únicamente, en los casos más favorables, rumores de pisadas, como de pies desnudos corriendo aceleradamente, pero sin que de ninguna manera pudieran encontrar a sus fantasmales poseedores.

Por ello los dos centinelas que se hallaban aquella noche a ambos lados de la puerta que daba al cuartel general de los Duunviros, no las tenían todas consigo. Sus ojos intentaban inútilmente taladrar la oscuridad, y no vieron algo que, sin hacer el menor ruido, se deslizaba a su lado. Solamente se dieron cuenta de que la puerta se abría sola, sin que nadie, en apariencia, la tocara y sus cuerpos se cubrieron repentinamente de un frío sudor al advertirlo.

Tal fue el pánico que los invadió, que la misma idea tomó cuerpo en sus cerebros simultáneamente: huir, huir a toda costa de aquel lugar que estaba embrujado. Pero no pudieron dar un solo paso.

Aterrorizados, espantados, con los cabellos literalmente erizados, notaron que los fusiles les eran arrancados repentinamente, sin que tuvieran tiempo de hacer la menor oposición, y luego encarados

contra sus respectivos pechos, en tanto que una voz que procedía de algún lugar que ellos no podían ver, pero que, no obstante, percibían con toda claridad, les decía con ominoso acento:

—¡Ni un solo movimiento o podéis contaros como cadáveres! ¡Las manos hasta el cielo! ¡Vivo!

Obedecieron los espantados vigilantes, más muertos que vivos, y luego sintieron que unas manos invisibles los sujetaban, atándolos las manos a la espalda con tiras arrancadas de sus propios trajes. Después aquellas mismas invisibles manos los empujaron y fueron arrastrados fuera de aquel lugar, en tanto que escuchaban el rumor de numerosas pisadas que sonaban blandamente, como si los hombres que las conducían fueran descalzos.

Nadie notó, en el interior del cuartel general, nada de particular, ni los que allí había se apercibieron de que estaban siendo invadidos, hasta que con enorme pavor en los ánimos, vieron gran cantidad de fusiles que, flotando en apariencia en los aires, pero mirándolos con sus negras bocas de un modo que no dejaba el menor resquicio a la duda, los encañonaban, al mismo tiempo que varias voces, procedentes de invisibles gargantas les conminaban a la rendición y al absoluto silencio.

Y entretanto, en el cuarto donde se hallaban los duunviros con Wicklow, había además otro hombre visible, haciéndoles ásperos reproches, a los que tanto Shepherdson como Ballyback contestaban en análogos tonos.

Pero de repente ocurrió algo que los dejó a todos estupefactos.

—Scanlon, no sé de qué se queja usted, si era el primero que pensaba traicionarlos.

—¡Eeehhh...! —la exclamación fue unánime, y cuatro pares de ojos se desorbitaron.

—¿Quién es usted? — preguntó Wicklow, desenfundando su pistola y dirigiendo su cañón al lugar del cual partía la voz.

—El comisario podrá decírselo mejor que nadie.

¿Verdad, Scanlon, grandísimo traidor, que pensaba engañar a unos y a otros?

—¿Es cierto lo que están diciendo? — preguntó ceñudamente Ballyback, mirando de manera nada agradable al policía.

—¡No! ¡No! —chilló éste, perdiendo el control de sí mismo—. Artie, hijo, te juro…

—No me jure nada, comisario. Usted me engañó a mí y nos engañó a todos. Usted me envió a casa de Kazoon para hacerse con los documentos secretos en los cuales constaban los planes para la conquista del planeta, pues sabía que aquél no accedería nunca a entregárselos, ya que tenía las mismas intenciones que usted: hacerse el amo del cotarro. ¿No es así?

El comisario había perdido toda la arrogancia inicial al saberse descubierto. Sudaba copiosamente y lleno de nerviosismo, se desabrochó la camisa, al mismo tiempo que suplicaba:

—¡Les ruego que no crean nada de lo que dice ese tipo! Está furioso contra mí…

—¿Sí? — cortó Arthur irónicamente—. Usted, además de enviarme a casa de JohnnieKazoon, fue quien secuestró al profesor y a HazelQuaker con objeto de apoderarse también de la fórmula de la invisibilidad, de cuya existencia se enteró por el propio Kazoon, quien nunca acertó a sospechar de usted, y que descubrió aquella extraña propiedad cuando asaltamos su casa en los breves momentos en que Milo Sawyer y yo fuimos sus prisioneros, cuando nos despojaron de las máscaras de goma, y que llevábamos a la fuerza, ya que no podíamos abrir la caja fuerte, sin el concurso de su propietario. Pero se quedó sin aquellos dos botecitos que tenían los antídotos contra el decrecimiento: uno para antesde la lluvia, y que le hubiera servido a usted para no disminuir de tamaño, y otro para después de convertirse en un pigmeo, recuperar la estatura normal, por lo que tuvo que recurrir a los servicios de sus buenos amigos, aquí presentes y que, de haber sabido la catadura de su fiel enlace en la Tierra, le hubieran aplastado instantáneamente con el pie, como se aplasta a un insecto. Pero fracasó en todo y su golpe maestro, que falló a causa de que todos se convirtieron en enanos antes de tiempo, hubiera sido el ser como yo lo soy actualmente, un hombre invisible, contra el que nadie hubiera podido hacer nada en su contra. Ahora tienen que luchar contra un ejército que no se ve, y que cada día va creciendo, a medida que vamos encontrando adeptos. Un ejército, en fin, que acabará por aplastar al suyo, así como a las sucesivas oleadas de desembarco que no verán a los que les atacan, haciéndoles rendirse, porque no tendrán otro remedio. De nada le ha servido, repito, su traición…

¡Maldito!… — rugió Scanlon, fuera de sí, perdido el control de sus nervios, tirando de la pistola.

Pero no llegó a apretar el gatillo siquiera. Wicklow, creyendo que iba a disparar contra él, movió el dedo índice con una décima de segundo de anticipación, pero que fue suficiente, sin embargo.

El disparo no fue muy certero, puesto que dio en el hombro al policía, derribándolo hacia atrás, haciéndolo caer de la silla al suelo, y Scanlon halló todavía fuerzas para disparar el arma, alcanzando a Wicklow en medio de la frente.

Éste cayó al suelo sin lanzar un gemido, con el cráneo partido, pero inmediatamente ocurrió algo sensacional,

Shepherdson y Ballyback habían sacado también sus pistolas, pero en aquel momento, alarmados por las dos detonaciones, un grupo de leales, armados todos ellos con fusiles ametralladores, penetró en la habitación, y, viendo a tres hombres con pistolas, en sospechosa actitud, ninguno de los recién llegados vaciló lo más mínimo.

Atronando la habitación, los automáticos escupieron llamas, humo y plomo, haciendo que los gases siluetearan levemente a los hombres invisibles, en tanto que las armas, continuaban detonando mortíferamente, enviando torrentes de proyectiles a los cuerpos de los tres hombres que fueron arrojados, zarandeados, sacudidos por aquel huracán de fuego, cayendo luego en confuso y sanguinolento montón, del que no se percibió ya el menor movimiento. Y cuando esto ocurrió, Arthur no tuvo la menor duda del lado al cual se decantaría la victoria.

—Será lenta, pero llegará. Cada día son más los voluntarios que acuden — decía horas después a Hazel, estrechándola entre sus brazos —. Pronto llegará el día en que todo vuelva a marchar de nuevo. La fórmula del crecimiento se está elaborando ya en dosis masivas, gigantescas, y pronto todo el mundo dispondrá de ella para volver a ser lo que fue. Las escuelas, las fábricas, los talleres, los medios de transporte, las comunicaciones, todo volverá a funcionar. Han sufrido mucho en estos meses de abandono, pero... ya echaremos a andar de nuevo a este viejo planeta. Y cuando este momento llegue, Hazel, querida, entonces te diré una cosa.

—Te advierto que me la puedes decir ahora mismo. Si me pongo colorada no lo vas a advertir, cariño, Y lo mismo me pasará a mí contigo, Artie.

Todavía tenemos casi cuarenta y ocho horas de invisibilidad.

—Afortunadamente, hace calor. Si fuera invierno...

—¡Oh! —gritó la muchacha de repente, separándose de su amado y echando a correr hacia un rincón del laboratorio, ya reconstruido, y del que tomó una bata, cubriéndose con ella.

Arthur caminó hacia aquella prenda que moldeaba los deliciosos contornos de Hazel, como si fuera un maniquí. La tomó por los hombros diciéndole:

—Tú me dirás si me equivoco y te beso en alguna parte de la cara que no sean los labios, ¿verdad?

Pero acertó a la primera.

FIN

[1]*Se llama oposición a la posición que ocupan el Sol, la Tierra y Marte cuando los tres se hallan en línea y estos últimos del mismo lado, reduciéndose entonces enormemente la distancia media de ambos planetas, que en el año 1956 será de uno 54 millones de kilómetros*